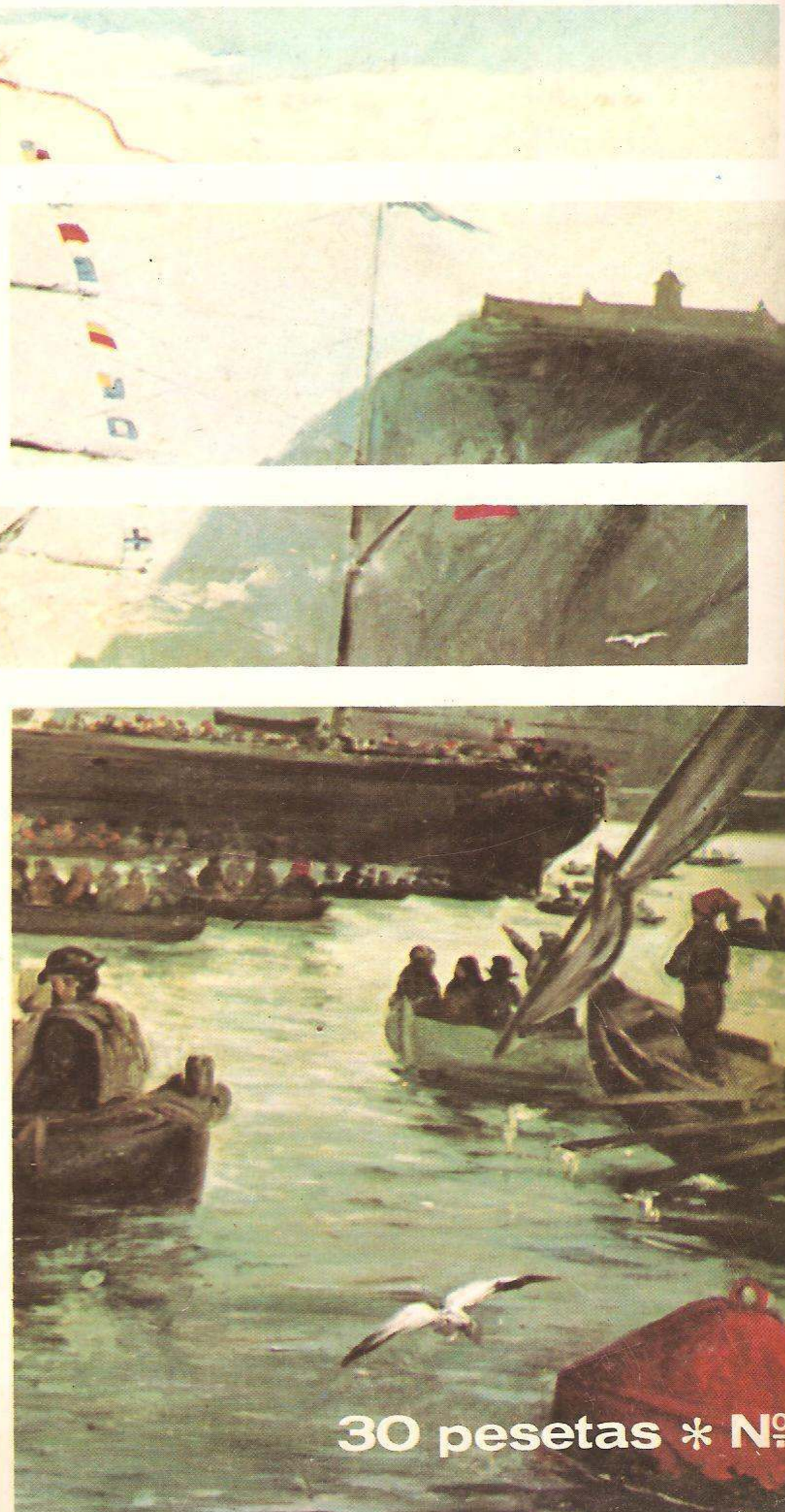
FRANCISCO FRANCO
UN SIGLO DE ESPAÑA

NU SE
ÎMPRUMUTA
ACASĂ





LA SOMBRA DE FRANCO SOBRE EL FERROL

30 pesetas * Nº 2

FRANCISCO FRANCO
UN SIGLO DE ESPAÑA

Una biografía crítica trazada sobre las últimas etapas de nuestra historia.

ESCRITA Y DIRIGIDA POR:

RICARDO DE LA CIERVA

Profesor de la Universidad de Madrid

con la colaboración de un equipo investigador y realizador

DIAGRAMACION Y DIRECCION ARTISTICA:
Balboa

REALIZACION TECNICA:
Mariano Blanco

una producción de
EDICIONES

Apartado de Correos 14.830 - MADRID

En cabeza de serie de sus LIBROS DE CHOQUE

Esta publicación consta de CINCUENTA Y DOS fascículos, de aparición semanal, encuadernables en DOS TOMOS. Las correspondientes tapas aparecerán conjuntamente con el último fascículo de cada tomo. En las contraportadas de los 52 fascículos se ofrece un resumen cuantificado y gráfico de la evolución socioeconómica de España y de cada una de sus cincuenta provincias a lo largo de los últimos ochenta años, con imágenes de las realizaciones más destacadas de la posguerra y de las estancias del jefe del Estado en cada provincia. Con el conjunto de estas páginas podrá encuadernarse una síntesis númerica e ilustrada de lo que han significado para España los últimos ochenta años de su historia.

FUENTES GRAFICAS

Para la ilustración de este fascículo se han utilizado los servicios de los siguientes fondos, archivos, agencias y profesionales:

Cifra, Madrid / Comisaría del Plan de Desarrollo, Madrid / Hemeroteca Municipal, Madrid / Más, Barcelona / Ministerio de Información y Turismo, Madrid / Muñoz, R., Madrid / Museo del Ejército, Madrid / Museo Naval, Madrid / Paisajes Españoles, Madrid / Piccadilly, Nueva York-Madrid / Pyresa, Madrid / Oronoz, Madrid / Sáenz de Heredia (film "Franco, ese hombre"). Madrid / Santiago, Madrid / Servicio Histórico Militar, Madrid.

Copyright © 1972 by Editora Nacional. MADRID.

Depósito Legal: M. 30.781 - 1972. Imprime: Artes Gráficas F. M., S.A., Francisco Gervás, 8-10, ALCOBENDAS (MADRID), sobre papel fabricado conjunta y expresamente para esta obra por Sarrió C. P. L., S. A. - Leiza (Navarra) y Torras Hostench (BARCELONA).

SUMARIO

EN ESTE NUMERO

LA SOMBRA DE 1898 SOBRE EL FERROL
PRIMERA INFANCIA DE FRANCISCO FRANCO
LAS FUERZAS ARMADAS DE LA RESTAURACION
LAS NOTICIAS DEL DESASTRE
LAS CONSECUENCIAS DEL DESASTRE

MARGINALIA:
BODAS DE SANGRE
SANTIAGO RAMON Y CAJAL
EL TRATADO DE PARIS
El 98, en la picota
REGENERACION
Un articulo famoso
LA LETRA IMPRESA, ANTE EL DESASTRE

EN EL FASCICULO ANTERIOR

LA ESPAÑA DE 1892
LA TRISTEZA Y LA TRAGEDIA
LA AGONIA POLITICA
EL CONFUSIONISMO DE LAS CLASES
HIDALGUIA Y PROLETARIADO
CULTURA Y SOCIEDAD DE FIN DE SIGLO
LA CIRCUNSTANCIA REGIONAL DE FRANCO
LA LLEGADA DEL PRIMER FRANCO
EL HOGAR DE LOS FRANCO

EN EL PROXIMO FASCICULO

UN CADETE DE CATORCE AÑOS
LOS CADETES DEL ALCAZAR
INFORMACION Y POLITICA DE FRANCO EN TOLEDO
LA LLAMADA DE AFRICA
LA DESPEDIDA DEFINITIVA DE EL FERROL

BIBLIOTECA "JOSE ESTEBAN" "CAMARA OPESCU"
NR 338364

CRONOLOGIA

1852. Nace el 1 de mayo, en Petilla de Aragón, Santiago Ramón y Cajal.
1868. Pronunciamiento independentista de Carlos M. de Céspedes en Cuba (grito de Yara).
1874. 3 de enero: pronunciamiento del general Pavía y fin de la Primera República Española.
29 de diciembre: pronúnciamiento del general Martínez de Campos y advenimiento de la Restauración. Se declara a Alfonso XII rey de España.
1876. El 1 de mayo se crea la Institución Libre de Enseñanza por iniciativa de Giner de los Ríos.
1878. Comienza la plaga de la filoxera en las vides españolas.
1880. Conferencia de Madrid: acuerdo con Francia para la solución de eventuales problemas en Marruecos.
1881. El 24 de mayo se firma el Tratado de Berlín sobre el estatuto de los Balcanes.
1888. A mediados de agosto nace la Unión General de Trabajadores.
1890. En el mes de marzo se produce la caída de Bismarck.
1891. El primer número de **Blanco y Negro** sale a la calle el 10 de mayo.
1892. 8 de enero: marcha nocturna sobre Jerez de los campesinos andaluces.
23 de marzo: se establecen las Bases de Manresa.
12 de octubre: se celebra el cuarto centenario del descubrimiento de América.
4 de diciembre: nace Francisco Franco en El Ferrol.
7 de diciembre: cae un gobierno Cánovas y sube al poder Sagasta.
17 de diciembre: bautizo de Francisco Franco en la Iglesia de San Francisco.
1893. 23 de septiembre: el anarquista Paulino Pallás atenta contra la vida del general Martínez de Campos.
7 de noviembre: el anarquista Santiago Salvador arroja dos bombas en el Teatro del Liceo de Barcelona.
1895. El gobierno inglés da el nombre de Rhodesia a la nueva colonia africana ocupada por Cecil Rhodes.
Grito de Baire en Cuba. Se reanuda la lucha por su independencia.
El 27 de diciembre se produce el primer chispazo de la guerra de los bóers contra los ingleses.
1897. Estalla el conflicto greco-turco.
El anarquista italiano Angiolillo asesina, el 8 de agosto, a Cánovas del Castillo.
El 26 de noviembre, España otorga a Cuba una autonomía casi absoluta.
1898. 15 de febrero: explosión y hundimiento del acorazado norteamericano **Maine** en la bahía de La Habana.
20 de abril: los Estados Unidos lanzan un ultimátum a España para que abandone la isla de Cuba.
25 de abril: se declara la guerra entre España y los Estados Unidos.
1 de mayo: la escuadra americana del Pacífico, mandada por el comodoro Dewey, hunde a la del almirante Montojo en la bahía de Manila (combate de Cavite).
19 de mayo: la escuadra del almirante Cervera, tras eludir a la americana en el Atlántico, entra en Santiago de Cuba.
1 de julio: se desarrollan, en el mismo día, las batallas de El Caney y de las colinas de San Juan: dos costosas victorias norteamericanas.
26 de julio: termina la guerra y España pide el concurso de Francia como mediadora para negociar la paz.
18 de septiembre: incidente de Fachoda entre ingleses y franceses.
10 de diciembre: se firma el tratado de paz de París. España pierde sus posesiones en Cuba y Filipinas.
1902. El 17 de mayo tiene efecto la coronación de Alfonso XIII.
1904. Tratado internacional para la determinación de zonas de protectorado español y francés en Marruecos.
1906. Boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg, en Madrid, el 31 de mayo.
Bomba de Morral.
Santiago Ramón y Cajal obtiene el premio Nobel de Medicina.
1907. El 29 de agosto, Franco entra en la Academia Militar de Infantería de Toledo.
1934. 17 de octubre: muere en Madrid Ramón y Cajal.

BIBLIOGRAFIA (FASCICULOS 1 Y 2)

1. *"Andrade, J. de":* Raza. *Madrid, Ediciones Numancia, 1945* / **2.** *Arrarás Iribarren, J:* Franco. *San Sebastián, Librería Internacional, 1937* / **3.** Blanco y Negro, *revista ilustrada, Madrid de 1891 en adelante* / **4.** *"Boor, J.":* Masonería. *Madrid, Publicaciones Españolas, 1952* / **5.** *Brown, Ch. H.:* The correspondent's war. Journalists in the Spanish-American War. *N. York, Charles Scribner's Sons, 1967* / **6.** *Fernández Almagro, M.:* Historia del reinado de Don Alfonso XIII. *Barcelona, Montaner y Simón, 1934* / **7.** *Galindo Herrero, S.:* El 98 de los que fueron a la guerra. *Madrid, Editora Nacional, 1952* / **8.** *Madariaga, S. de:* Memorias de un federalista. *Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967* / **9.** *Mawson, H. y Buel, J.W.:* Leslie's Official History of the Spanish-American War. *Washington, War Records Office, 1899* / **10.** *Payne, S.G.:* Los militares y la política en la España contemporánea. *París, Ruedo Ibérico, 1968* / **11.** *Ramírez, L.:* Francisco Franco. Historia de un mesianismo. *París, Ruedo Ibérico, 1964* / **12.** *Unamuno y Jugo, M.:* Obras completas. *Madrid, Escelicer, 1966* / **13.** *Vidal de Barnola, L.A.:* Genealogía de la familia Franco. *Madrid, Editora Nacional, 1972* / *Documentos varios de los archivos de la familia Franco.*

LA SOMBRA DE 1898 SOBRE EL FERROL



Jura del rey Alfonso XIII en el palacio del Congreso, en 1902. La reina –que ese día dejaba de ser regente– parece en trance de imponer respeto al personaje que vuelve la espalda, en primer término. Pero toda la prensa, incluso la que se proclamaba de izquierdas, mantuvo un clima de esperanza en los primeros pasos políticos de aquel niño que había nacido rey de España (fragmento de un dibujo de M. Benlliure).



Una vista actual del muelle de Curuxeiras, en El Ferrol; los biógrafos de Franco lo hacen escenario frecuente de sus paseos y juegos infantiles, y de algún chapuzón involuntario del escolar ferrolano que pasó toda su niñez cara a la mar.

LA SOMBRA DE 1898 SOBRE EL FERROL

Primera infancia de Francisco Franco

El segundo hijo del matrimonio Franco Bahamonde pasa los primeros catorce años y medio de su vida en la ciudad-isla de El Ferrol. El menos triunfalista de sus biógrafos, «Luis Ramírez», resume así lo que fueron esos catorce años y medio, trascendentales sin duda para la configuración de un carácter, pero con tan pocas huellas fidedignas que todo análisis biopsicológico acaba por adentrarse cada vez más en el reino de la conjetura y la interpretación forzada: «No era más que un niño cualquiera».

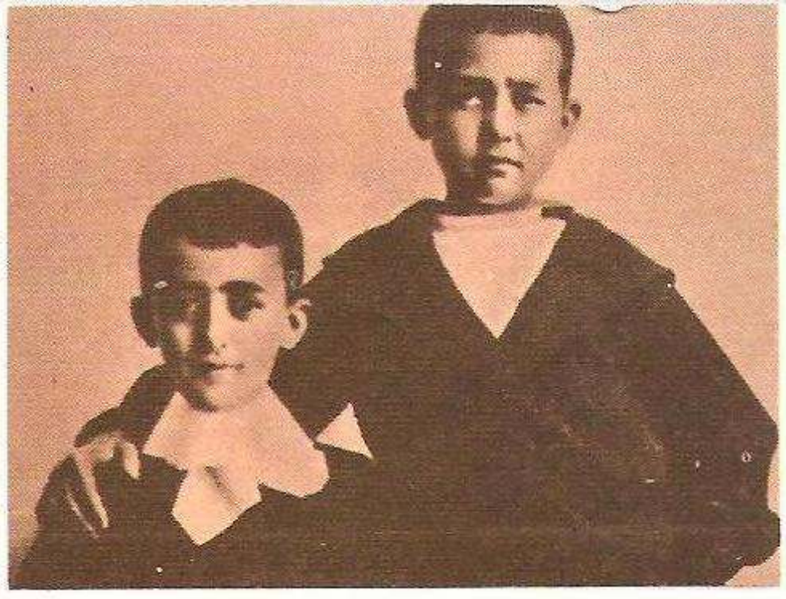
Las fechas que van jalonando rutinariamente las primeras etapas de la vida de ese niño cualquiera yacen en el lejano recuerdo, borroso hasta para él: su confirmación en la iglesia de San Francisco; su ingreso en el colegio del Sagrado Corazón, modesto centro de educación primaria dirigido por el sacerdote don Marcos Vázquez Leal (quien murió a poco de admitir a Paquito) y luego por un educador eficaz y clásico, también sacerdote, don Marcos Comellas Coimbra (con algún ilustre catedrático de universidad en su familia); su primera comunión y su paso prácticamente automático, una vez concluida la educación primaria, al Colegio de Marina, academia de preparación para los estudios navales —administrativos y de guerra— que regentaba en El Ferrol un amigo de la familia Franco, el capitán de corbeta don Saturnino Suances.

La educación en una escuela primaria particular resultaba prácticamente imprescindible para una familia distinguida en aquellos tiempos en que la instrucción pública no iba a ser sino un anodino ministerio de entrada para políticos inexpertos; en aquellos años en que los maestros nacionales dependían del arbitrio de los ayuntamientos y no habían conseguido todavía el rango de funcionarios del Estado. No hace falta subrayar el carácter tradicional, y hasta tradicionalista, de la enseñanza primaria recibida por Francisco Franco; el clero de la periferia española distaba mucho de haberse incorporado por entonces al movimiento integracionista tan hábilmente diseñado por los políticos católicos de la Restauración, mientras el liberalismo seguía siendo no solamente pecado, sino el pecado capital del mundo contemporáneo.

En el serio, sereno y bullanguero anonimato de su colegio primario ve pasar Francisco Franco, junto a sus hermanos y sus amigos de la infancia, los años trágicos del Desastre de 1898, los años cargados de presagios con los que acaba y empieza un siglo. Y muy poco tiempo después de que un rey adolescente reciba en 1902 la más pesada corona de Europa, Francisco Franco, a punto de cumplir doce años, comienza su preparación profesional.

Esa preparación no podía ser otra que la orientada a la Marina. El general Millán Astray, que le trató íntimamente como jefe, como compañero y como subordinado, escribió muchos años después sin vacilar: «Franco, por el lugar en que nació, por la sangre que corre en sus venas, y por su íntima vocación, es marino.» Pero si don Nicolás, su padre, coronaría su competencia profesional con el generalato en la escala administrativa de la Armada, Francisco Franco no deseaba en absoluto convertirse en un alto funcionario naval y se decidió por la marina de guerra, para lo que tampoco faltaban precedentes genealógicos. En mayo de 1928, cuando la revista *Estampa* está iniciando en la prensa española el nuevo género de las entrevistas de largo alcance, el barón de Mora, Franco también de primer apellido, interroga al joven general africano junto a su esposa Carmen:







1.–He aquí una galería fotográfica casi completa –dentro de lo que se conserva– de la infancia de Francisco Franco. En la primera imagen, un Paquito preescolar de facciones aún por definir; a continuación, Francisco con su hermano mayor, Nicolás; finalmente, con los dos hermanos menores que sobrevivieron, Pilar y Ramón. En el porte y vestuario de los Franco Bahamonde parecía adivinarse la esforzada atención de los padres por acomodarlos a los imperativos de decoro constitutivos del código de conducta, no escrito, de las familias hidalgas de la Galicia de comienzos de siglo. Atención que en no pocas ocasiones alcanzaba ribetes de heroísmo en la desigual batalla de cada mes contra la insuficiencia de unos recursos que, a veces, ni siquiera llegaban puntualmente a manos del cabeza de familia.



2.– A comienzos del siglo XIX. El Ferrol era ya una ciudad de trazado reticular sobre la trama de seis largas calles con el desahogo urbano de dos plazas simétricamente dispuestas, una concebida como centro cívico y esta otra de los Dolores, hoy del Marqués de Amboage, como centro social y residencial

«—Mas de no haber seguido la profesión militar, ¿cuál hubiera preferido?

—Arquitecto o marino. Sin embargo, a los catorce años ingresé en Toledo en la Academia de Infantería.» Y añade un dato revelador: *contra la voluntad de mi padre*.

El destino iba a permitir al joven aspirante naval la realización, al menos episódica, de todos sus sueños profesionales de infancia: cuando Millán Astray evoca las reprimidas aficiones arquitectónicas de su lugarteniente, recuerda su participación en el trazadó y ejecución de los campamentos permanentes del Tercio de Extranjeros y concreta que aquello no fue más que el desahogo de un militar que deseó siempre convertirse en «arquitecto urbanista»; preocupaciones de más alto nivel le habrían de impedir, sin duda, infundir un auténtico espíritu urbanístico a no pocos munícipes que tantas ocasiones decisivas estarían llamados a desaprovechar.

El Colegio de Marina era una pequeña academia local muy acreditada, en la que los futuros cadetes recibían una educación equivalente al bachillerato elemental, complementada con interesantes enseñanzas técnicas y prácticas. Mas la alusión del general Franco a la discrepancia vocacional con su padre parece exigir nuevas consideraciones sobre su vida familiar durante aquellos años ferrolanos.

Como refuerzo de la nunca desmentida atención paterna, el superior de la familia es don Ladislao Baamonde, el abuelo materno, quien, al fallecer su esposa, ocupó el piso bajo de la calle de María y desde allí presidió patriarcalmente las idas y venidas de los hermanos Franco y de sus primos, los De la Puente Baamonde y los Franco Salgado. Un triple testimonio puede revelar convergentemente lo que era la vida de aquellos muchachos. El británico George Hills la describe así:

«Nicolás fue un chico listísimo..., muy mal estudiante. Realizaba sus estudios caseros con la rapidez de los niños dotados de memoria receptiva. El padre le castigaba mucho porque le parecía que no estudiaba bastante... Franco era un trabajador incansable: Paco siempre fue muy corriente cuando niño..., dibujaba muy bien y en esto tenía mucha habilidad..., pero era un chico corriente. No se distinguía ni por estudioso ni por desaplicado... Cuando estaba de broma era alegre, pero desde pequeño fue muy equilibrado. Ramón era más trasto, listo también..., tuvo una época de cabeza loca, de trastornado. Los tres, junto con su hermana Pilar, que de nacer hombre hubiera sido un general en jefe estupendo..., de mucho carácter, mucho temple..., almorzaban frecuentemente con su abuelo, don Ladislao Baamonde. Lo mismo hacían sus primos hermanos, los De la Puente Baamonde, una familia con doce niños, cuyo padre era capitán de corbeta de la rama ejecutiva y cuya madre era hermana de doña Pilar Baamonde. Por la tarde, después de la siesta, Nicolás Franco se llevaba a todos los niños a dar largos paseos y a hacer volar cometas desde las partes altas de El Ferrol. En verano, los De la Puente se trasladaban a una casa junto a la playa de La Graña, a tres kilómetros de distancia de la ciudad. Los Franco no poseían residencia veraniega, pero los niños iban a eso de las seis o las siete de la mañana a ver a los De la Puente, se bañaban y, durante los fines de semana, iban a pescar. El capitán de corbeta tenía un bote de vela que constituía la delicia particular de Francisco Franco.»

El hispanista británico Arthur Coles preguntó en 1955 al general Franco por sus años de infancia. Y anotó así la respuesta:

«Después me describió sus andanzas y aventuras en su puerto natal; sus juegos futbolísticos en muelles y plazas; su iniciación en los secretos de la pesca, junto con sus amigos y compañeros de colegio, con cañas y anzuelos de fabricación casera; sus juegos de piratas en balsas improvisadas, que solían terminar inevitablemente con la caída de varios contendientes al agua, entre los que siempre estaba Francisco.»

El tercer testimonio es del propio Franco, en el guión publicado de *Raza:*

«Triste ha sido el verano del 98 en el pazo de los Andrade. Las visitas de la familia y de los amigos, con la repetición incesante de los comentarios sobre la tragedia, han contribuido a aumentar la impresión que pesa sobre los pequeñuelos. La alegría que encuentran los chicos fuera de la casa desaparece al entrar en el viejo caserón, donde la figura triste de la castellana pone un freno a sus inocentes expansiones.

Los recuerdos del padre, cuidadosamente colocados, ayudan a mantener más viva su memoria. El jardín es el único lugar de la casa en donde se levantan gritos de alegría.

Hoy es un seto de boj el que hace de trinchera; detrás de él, parapetado, Pedro lo defiende del alborozado ataque de sus hermanos. José e Isabelita le gritan al tiempo que le baten.

JOSÉ.—¡Insurrecto! ¡Masón!

ISABELITA.—*¡Mambís! ¡Mambís!*

La llamada de atención de la madre desde el terrado pone fin a la inocente escaramuza.

ISABEL.—¡José! ¡Isabelita! No llamar eso a vuestro hermano.

JOSÉ.—Es en broma, mamá. El hace de enemigo.

ISABEL.—¡Ni aun así, José! ¡Que es demasiado el odio y la gloria que esos nombres evocan!

Muere el verano y los estudios de los muchachos van a imponer un cambio en la vida de los Churruca; el mar ya no les ata al viejo caserón.

Un frío viento norteño desnuda los árboles añosos del jardín cuando Isabel abandona, con sus hijos, el viejo solar.

Antes de tomar el tren que ha de conducirla a la corte, recorre el camino del puerto, al que están unidas tan intensas emociones.

A sus lados marchan los chicos con grandes brazadas de crisantemos, que se destacan sobre el negro de los ropajes.

Azotados por el viento descienden en grupo la resbaladiza rampa, y, al llegar a su extremo, sobre el mar que rompe, los arrojan en homenaje al padre.»

Esta politización de los juegos infantiles de Francisco Franco conduce a la introducción ambiental, dentro de esta crónica, de un hecho gravísimo para España que influyó profunda y decisivamente en la vida del joven estudiante ferrolano. Se trata del Desastre de 1898, para cuya comprensión es necesario tomar el agua de más arriba y estudiar sucintamente lo que eran aquellas fuerzas armadas en las que Francisco Franco tenía ya decidido ingresar, por encima de toda otra ilusión infantil.

Las fuerzas armadas de la Restauración

La vida de Francisco Franco no puede entenderse sin un conocimiento profundo de las vicisitudes históricas de las fuerzas armadas españolas. La historia contemporánea de España tampoco. Y cuando el historiador, o incluso el simple curioso, se enfrenta con los problemas militares del último siglo español surgen obstáculos casi invencibles: el principal de todos es la carencia casi absoluta de trabajos monográficos, desapasionados, que hagan posible una información fidedigna sobre la problemática histórica del estamento militar español. Por eso se impone trazar en este momento unas líneas de interpretación histórica primaria, sin las que el resto de nuestra crónica acabaría convirtiéndose en un rompecabezas con tufo propagandístico.

Circulan por esas historias, como moneda demasiado corriente, numerosas simplificaciones acerca de la institución militar en la España contemporánea. Una de esas simplificaciones suele repetir que el Ejército español, liberal durante casi todo el siglo XIX; se transformó, como por arte de magia, en un



BODAS DE SANGRE

La presencia de Victoria Eugenia de Battenberg en el trono de España, junto a Alfonso XIII, comenzó trágicamente. El historiador, académico y periodista Melchor Fernández Almagro (futuro colaborador de Franco) narra así en su libro *Historia del reinado de Alfonso XIII* **la ceremonia de la boda real, celebrada el día 31 de mayo de 1906, y el grave suceso acaecido momentos después:**

«Entró en España la princesa Victoria Eugenia de Battenberg, con su madre y hermanos, por Irún (25 de mayo), donde la esperaba



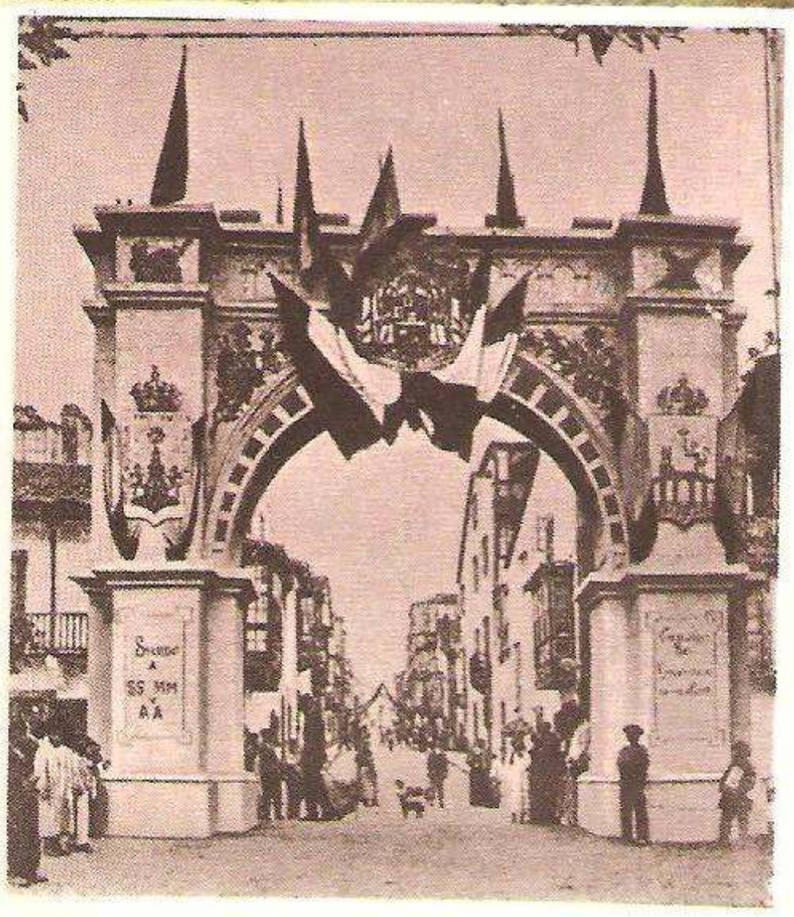
el rey, y acompañada por éste, continuó el viaje a Madrid, instalándose en El Pardo. Como era domingo, la familia real y la princesa oyeron en la capilla la misa de precepto, mientras los Battenberg, con todo el aparato de correo de gabinete, caballerizos y palafreneros, fueron a la capilla evangélica de la calle de Leganitos. "Tiempos nuevos" creyó El Liberal *que presagiaba este suceso, y, verdaderamente, la opinión de izquierdas era la más satisfecha. El Tratado con Inglaterra —publicado en la* Gaceta *del 30—, a los efectos matrimoniales, pareció a muchos que implicaba poco menos que el regalo a nuestra Corte del depurado constitucionalismo inglés. El mismo día se firmaron los esponsales, y el 31 se celebraron los desposorios y las velaciones en la iglesia de San Jerónimo, con luces y paramentos de máxima solemnidad. Llegó la novia con la reina Cristina, que había de amadrinar el enlace, y el novio con el infante Don Carlos, padrino. Bendijo la unión el cardenal Sancha, arzobispo de Toledo. En seguida, firma del acta del registro civil; Marcha real y cortejo de príncipes, embajadores y dignatarios. Alfonso XIII y Victoria Eugenia, ya reina, escucharon, reunidos en la carroza de la Corona real, al paso por las calles, las aclamaciones y votos entusiastas que a la ida recogieron por separado. Desfile majestuoso entre el gentío. Y un ruido, al pasar exactamente por delante de la casa n.º 88 de la calle Mayor, que no era el de las ovaciones, ni el de los cohetes, ni el de las salvas de ordenanza. Cuerpos caídos, sangre, gritos y humareda fueron señales de que una bomba no había sido lanzada en vano. Veintitrés muertos y cien heridos dio luego el recuento. Firmes en el cumplimiento de sus consignas, los soldados de Wad-Ras, que cubrían en aquel sitio la carrera, mantuvieron la línea. La reina, espantada; el rey, sereno; las autoridades, sorprendidas; la policía, sin reponerse del golpe, al caer de la higuera. Un registro en el cuarto por cuyo balcón fue arrojado el explosivo puso en la pista de un cierto Mateo Morral, anarquista joven no fichado, profesor en la llamada «Escuela Moderna» de Barcelona, fundada y dirigida por Francisco Ferrer, inteligencia vulgar que arrebató la idea ácrata, masón desde 1883, con poderosas relaciones en el extranjero.*

¿Cómo hallar a Morral, huido al favor de la confusión? El conde de Romanones creó inmediatamente un premio de 25.000 pesetas para el que apresara al autor del atentado. El azar —privilegiado polizonte— dio con él (2 de junio) en un ventorrillo de Torrejón de Ardoz. Se vio errar a un hombre de aspecto extraño. El guarda jurado de la Aldovea —Fructuoso Vega— lo apresó, por si acaso. Y camino del pueblo iban cuando el sospechoso se revolvió contra el guarda y lo mató de un tiro, suicidándose acto continuo. Era, efectivamente, Mateo Morral. Y el hallazgo de unas ropas en la Ciudad Lineal cerró la pista en un punto de total esclarecimiento. El asesino había logrado que le encubriera don José Nákens, al que se acogió, movido por el recuerdo de que el periodista republicano tampoco delató a Angiolillo, el matador de Cánovas. El propio Nákens lo confesó todo (4 de junio) en carta que dirigió al director de La Correspondencia de España, *Leopoldo Romero: «Como pienso, me he conducido, y no por simpatías hacia unas ideas que he combatido más rudamente y más tiempo que ninguno, como todos saben; sino por profesar la teoría de que las ideas, si no se profesan para practicarlas, son mercancías despreciables. Llego en este punto hasta el extremo de que si mañana estuviéramos en revolución, y el rey, preso y sentenciado a muerte por mi voto, se escapara y se amparase de mí, lo salvaría afrontando la execración del pueblo.»*



La bomba de Morral (dibujo de la época).

Aspecto actual de la alameda de Suances, uno de los paseos más frecuentados por la juventud ferrolana, igual que en los tiempos en que Francisco Franco pertenecía a ella.



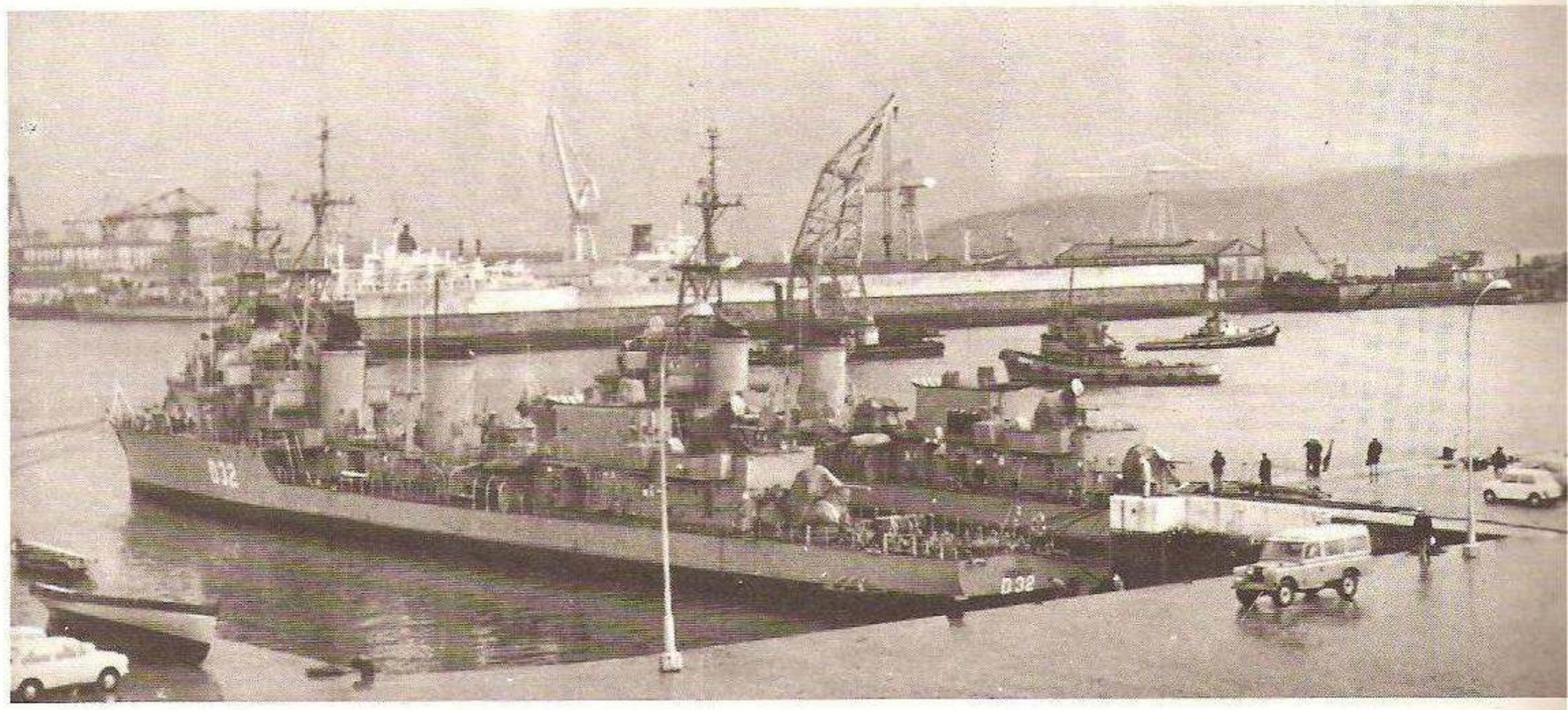
Con la misma técnica –y gusto algo peor– de los triunfales mamotretos tan prolijamente descritos por los cronistas del barroco, las autoridades ferrolanas de 1900 levantaron este –en la calle de la Iglesia– para que lo cruzasen, complacidos, la reina y el rey adolescente durante su visita a El Ferrol.

grupo conservador y reaccionario al filo de la Restauración. Entre las peregrinas razones que se dan para explicar ese hecho, admitido sin más como un dogma indiscutible, figuran, por ejemplo, los enlaces matrimoniales entre «generales y condesas» como se lee en más de un tratado extranjero sobre nuestro siglo XIX.

Existe, sí, una dialéctica de las fuerzas armadas españolas en la edad contemporánea, pero es una dialéctica mucho más complicada, mucho más confusa, rebelde a todas las simplificaciones, sedienta mucho más del análisis sociológico y estadístico que del ensayismo conformista. Esa dialéctica se traduce en una serie de antítesis, más o menos coincidentes, más o menos superpuestas, capaces de una imagen menos nítida, pero quizá más real.

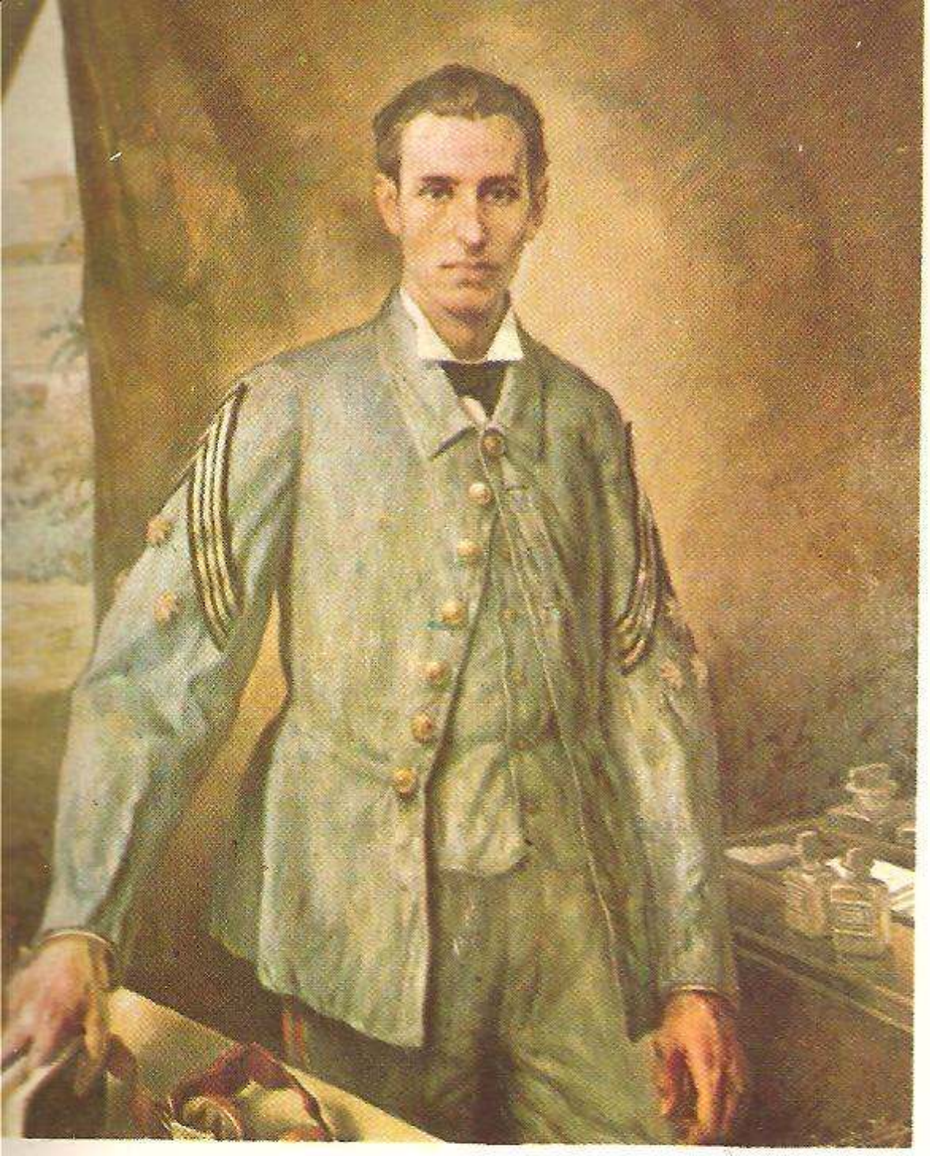
La antítesis primaria es la planteada entre la tradición carlista y la tradición liberal, que se van arrastrando a lo largo de más de medio siglo y que se definen más negativa que positivamente. Cuando Francisco Franco va a ingresar en el Ejército, numerosos carlistas se han integrado ya administrativamente, aunque tal vez no muy cordialmente, en las filas del único Ejército español. Aunque durante la Restauración están suprimidas ya las Milicias nacionales, principal apoyo del progresismo liberal del XIX, se mantiene viva la huella de la antítesis Ejército-Milicias, y precisamente a impulsos del Ejército y en su seno, se ha conseguido una interesante síntesis de uno y otras en la Guardia Civil que, a fines de siglo, aparece ya como una institución plenamente consolidada, a la que respetarán todos los regímenes españoles del siglo siguiente. Ya desde la guerra de la Independencia afloran

La campiña y la mar ferrolanas desde la ermita de la Virgen del Chamorro; un asombroso paisaje gallego de límites indefinidos dentro del espacio y del tiempo. Francisco Franco, en su infancia y en sus permisos toledanos, acompañó muchas veces a su madre hasta este lugar, vivo aún en el centro de sus recuerdos.



Unidades de la Marina de guerra en el Arsenal de El Ferrol, 1971. Han variado la técnica y la infraestructura: sigue enhiesta, por los siglos, la vocación marinera y castrense del gran puerto de guerra español.

en nuestras fuerzas armadas las tensiones generacionales: por lo común, los militares jóvenes se han mantenido a lo largo de todo el siglo XIX fieles al progresismo, a la inquietud social; cuando cesan los periodos de guerra y se endurece el sistema de ascensos, las tensiones generacionales se hacen más perceptibles y no faltan curiosas acusaciones de los oficiales jóvenes contra los maduros, a los que más de una vez tratan de denigrar llamándoles «civiles». Otra de las constantes de nuestras instituciones militares es la presencia de minorías activas extremas, a veces extremistas, y de signo opuesto, que tratan de influir sobre una mayoría relativamente estable y por lo común poco amiga de aventuras; pero en momentos de tensión política general en el país, las minorías extremas suelen conseguir una polarización política en todo el resto de la gran familia militar. La innegable influencia masónica en una de esas minorías extremas se tiñe, andando el siglo XIX, de republicanismo radical; aparece entonces enfrente una enérgica minoría reaccionaria que en



El capitán médico Santiago Ramón y Cajal en 1874, durante la guerra de Cuba. Cuadro de Izquierdo y Vivas, Museo del Ejército.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

El 1 de mayo de 1852 nace en Petilla de Aragón Santiago Ramón y Cajal. Su infancia y adolescencia van a estar marcadas por tres características: el influjo de su padre, su asombro y curiosidad ante los hechos de la naturaleza y su carácter díscolo y voluntarioso. Los estudios que preceden a su ingreso en la universidad transcurren, más o menos placenteros, más o menos brillantes, entre Jaca y Huesca. En estos primeros años siente un impulso irresistible hacia la pintura, afición que le costará más de un disgusto con su padre. También en estos primeros años se despertará en él un sentimiento romántico y revolucionario al contacto con la literatura y con un barbero de Huesca a quien ayuda en su trabajo por imposición paterna, al tiempo que realiza sus estudios. Siempre guiado por su padre, al terminar el bachillerato empieza la carrera de Medicina en Zaragoza, sin una vocación especial que le empuje. Será un licenciado más, sin pena ni gloria. Tan sólo se interesa por la Anatomía y la Fisiología, interés iniciado, cómo no, por su padre, en una buhardilla del pueblo donde pasa el verano de 1868, y ayudado por unos cuantos huesos robados en el cementerio. Al terminar la carrera, un acontecimiento en la política nacional tuerce, momentáneamente, el rumbo que parecía ir a tomar la vida de Santiago: Castelar, a quien Cajal admira profundamente, decreta el servicio militar obligatorio a la vista de la situación caótica por la que atraviesa el país. Por lo tanto, Santiago tiene que ingresar en la milicia. Se presenta a las oposiciones para médicos segundos de Sanidad Militar y las gana. Tras un breve paréntesis de actuación junto a las tropas que combatían a las partidas carlistas de Cataluña, su primer destino será Cuba, ya en pie de guerra contra los insurrectos, tras el golpe de Estado del general Pavía y con el general Serrano en el poder ejecutivo. Santiago acepta con ganas este destino. Su sentimiento del deber junto a su sed de aventuras y de conocer lugares nuevos que a él se le antojan exóticos pueden más, esta vez sí, que la oposición del padre. Santiago parte para Cuba donde contraerá el paludismo dos veces consecutivas, donde apenas tendrá ocasión de combatir y de donde volverá, repatriado, enfermo y desilusionado en 1875. Nuevamente en España, la sombra de su padre no tardará en volver a pesar sobre él. Le presenta, como única vía posible para asentarse en la vida, las oposiciones a cátedra. Santiago se presenta a las primeras que se convocan en Madrid. No consigue la plaza, pero tiene ocasión de conocer al profesor Maestre de San Juan, que le enseña algunas preparaciones micrográficas de su laboratorio y que hará nacer en él el propósito de crear en Zaragoza un laboratorio similar. Lo va montando él solo, con su esfuerzo personal y sin que nadie le oriente. Tampoco triunfa en las segundas oposiciones a las que se presenta, pero la posible amargura derivada de su fracaso se ve compensada por la alegría de contraer matrimonio, el 19 de julio de 1879, con una joven que será una perfecta compañera para toda la vida, en contra de la opinión de sus familiares y amigos, que la consideran «poca cosa para él». Nuevamente fracasa en las terceras oposiciones a las que se presenta, pero no así en las cuartas, mediante las que obtiene la cátedra de Anatomía de Valencia. A partir de este año, 1884, su carrera investigadora, iniciada en la capital levantina, seguida en Barcelona y culminada en Madrid, será una lenta pero segura ascensión hacia los descubrimientos biológicos que le valdrán, entre otros muchos galardones, la concesión del Premio Nobel de 1906.

Es curioso comprobar que este Premio Nobel de Fisiología y Medicina no hubiese sido nunca buen estudiante, según la catalogación al uso de su época. Efectivamente, tenía imaginación e inteligencia sobradas para necesitar o aceptar la servidumbre de aprenderse los libros de memoria.

Su actitud frente al 98 difiere ciertamente de la adoptada por los intelectuales de su generación. Los años de milicia en Cuba, donde va «orgulloso de compartir la suerte de sus compañeros de carrera y satisfacer su deuda de sangre con la Patria», su patriotismo romántico —aunque más tarde, si no perdido del todo, modificado— le harían escribir a Baroja (según cita de J. de Entrambasaguas): «Usted no es español. Con un cinismo repugnante, trató usted de eludir el servicio militar, mientras los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en la manigua, caímos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña, y luego, enfermos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria, no con noveluchas burdas, locales, encomiadoras de condotieros y conspiradores vascos, sino luchando con la ciencia extranjera a brazo partido.»

Pero su vivencia de penalidades innecesarias, su conciencia de la injusticia reinante en la estructura político-social de España frente a la que se rebelara ya en su mocedad, le obligarían a expresarse así ante la guerra de Cuba: «Fue el año de la funesta y vesánica guerra con los Estados Unidos; guerra preparada por la codicia de nuestros industriales exportadores, la rapacidad de nuestros empleados ultramarinos y el orgullo y cerril egoísmo de nuestros políticos... En la guerra con Estados Unidos no fracasó el soldado ni el pueblo (que dio cuanto se le pidió), sino un gobierno imprevisor.»

Y finalmente, tras el Desastre, llegará a confesar, como otros pensadores de su generación: «Caí en un profundo desaliento... Humillado mi patriotismo de español, quedó vivo y pujante, y aun diré que exaltado, mi patriotismo de raza.»

Así fue el hombre que, tras haber alcanzado en vida todos los honores y homenajes debidos a su capacidad investigadora, murió lentamente, en Madrid, el 17 de octubre de 1934.

algunos momentos, como en el destierro del general Narváez, se configura como una especie de antimasonería de ultraderecha, la famosa «Orden Militar Española».

Ya desde los tiempos del pronunciamiento de Riego aparece con frecuencia en el Ejército el tema del abandono de los militares por parte de los gobiernos y de la sociedad. Los militares se quejan muchas veces de la indiferencia nacional y gubernamental ante sus sacrificios y sus problemas profesionales y personales.

A lo largo del siglo XIX, las fuerzas armadas, sometidas a la misma trágica división que el resto de los españoles, de la que son prueba más visible, aunque



1.– En el ambiente natal de Franco –periférico, norteño, católico, liberal– se mantenían vivos los recuerdos de la "carlistada", como solía designar el vulgo (certero, casi siempre) al conjunto de aquella increíble aventura de las tres guerras carlistas que detuvieron, por medio siglo, la entrada de España en el mundo moderno. Planteadas como una cuestión dinástica a la muerte de Fernando VII, El Imposible de Reivindicar (sobrenombre tan inadmisible como exacto), desgarraron profundamente a la España invertebrada por motivos mucho más hondos –progresismo y reaccionarismo, liberales y serviles, ciudades y campos– y transmitieron su herencia bífida al proceloso siglo XX, donde aún no se ha cancelado del todo. La batalla de Treviño (7 de julio de 1875), reflejada en este cuadro de Banda (Museo del Ejército) marca prácticamente el final de la última guerra carlista, liquidada por el joven rey Alfonso XII (a quien cabría llamar el Inédito).

2.–Los expertos en estadística histórica cuentan más de un centenar de pronunciamientos militares en la España del siglo XIX, que inventó la palabra para la ciencia política. Este es el más importante: porque tras el sable del general Pavía se alineaba por primera vez, aunque de forma negativa, *todo* el Ejército para derribar a la imposible I República, minada por el cantonalismo y la retórica. Los otros pronunciamientos, incluso el que abrió paso a la Restauración en Sagunto, 29 de diciembre de 1874, no fueron del Ejército en bloque, sino de grupos militares invocados siempre por un vacío de poder civil. Para marcar bien su carácter de árbitros en la ocasión de nuestro grabado (3 de enero del mismo año) los militares decidieron que la escolta del general Pavía fuese una sección de la Guardia Civil.



no la única, las guerras civiles declaradas en un ambiente casi continuo de guerra civil general, experimentan una intensa transformación sociológica en sus cuadros de jefes y oficiales; el Ejército aristocrático del Antiguo Régimen se transforma en un Ejército de base burguesa en medio de las convulsiones del siglo. La modificación es más teórica que real, más administrativa que auténticamente sociológica; pero contribuye sin duda al acercamiento entre las fuerzas armadas y el pueblo español, mediante la identificación de los cuadros de oficiales (a los que ya no se exigen pruebas de sangre) con la confusa y esencial clase media, dentro de la cual el Ejército constituye una canalización de movilidad social, de interpenetración entre los diversos niveles de la sociedad española. Pero esta misma identificación popular, al realizarse sobre un pueblo profunda y trágicamente dividido, va a refluir sobre la propia división íntima del Ejército; de los fermentos de división militar se van a derivar graves complicaciones históricas sobre los dos siglos XIX y XX. Conviene, por lo tanto, sustituir la ajada e insuficiente dialéctica de la transformación liberal-conservadora por una dialéctica más complicada, pero más realista, que podría ser formulada como dialéctica de la identificación popular y de la división íntima. Por lo demás, las fuerzas armadas españolas van a conservar, en el fondo de todas sus etapas históricas contemporáneas, un talante liberal, centrista, alejado en principio de todo fanatismo, aunque propenso, por su misma falta de definición, a dejarse dominar en momentos dados por los extremismos de diverso signo.

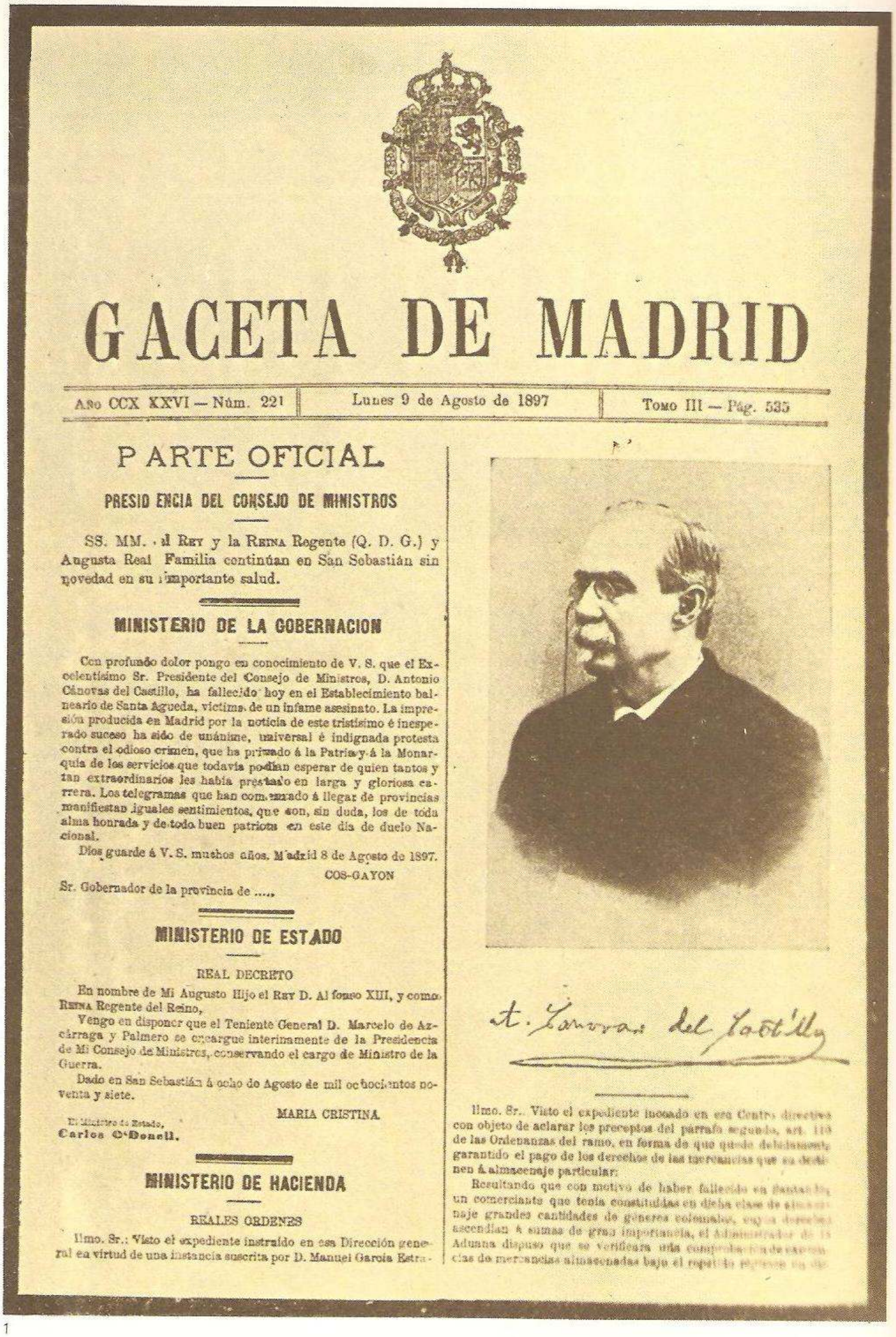
Después del fracaso total de España en las guerras de la independencia americana —que han sido justamente interpretadas por Carlos Seco Serrano como «guerra civil atlántica»— las fuerzas armadas españolas participaron en algunas empresas bélicas durante el siglo XIX; pero tales empresas —Méjico, Indochina, Estados Pontificios, Santo Domingo y Africa— no pasaron de ser aventuras políticas de vía estrecha y terminaron invariablemente en una frustración na-

cional, política y militar. El principal esfuerzo bélico español a lo largo del triste siglo XIX se desangró en un esquema de guerras civiles que esterilizaron al país y retrasaron en más de una centuria su incorporación a la historia moderna.

A pesar de todo, y a pesar de las docenas de pronunciamientos que jalonan la turbia historia española del siglo XIX, puede decirse que ninguno de ellos representó una intervención del Ejército como tal en la política española. Se trataba de intervenciones aisladas o en grupo de militares, pero que no actuaban jamás en nombre de todo el Ejército, sino como políticos de uniforme, como portavoces y brazos armados de los grupos políticos, e invariablemente a requerimiento de estos grupos políticos. Un destacado especialista, el profesor Stanley G. Payne, ha dicho: «Ni Narváez, ni ningún otro general político, trató de gobernar como un dictador militar. No hubo una *actitud del Ejército* hasta 1847. Eran los generales políticos quienes, de forma personal e individual, dominaban al gobierno.»

Sin embargo, ante el creciente sentimiento nacional de invertebración, y hasta de desintegración política, aparecen en el seno del Ejército tendencias intervencionistas. La Gaceta Militar del 2 de agosto de 1815 afirma: «El Ejército puede y debe ser el regenerador de nuestra sociedad.» En 1854, el general Dulce elabora casi una teoría de la intervención militar en la política. Pero esa intervención corporativa y consciente no se produce hasta un año clave: 1874.

La Primera República estaba degenerando hacia una amenaza evidente de desintegración nacional. La «escuadra de Cartagena» bombardeaba Alicante; la «nación jumillana» declaraba sus deseos de mantenerse en paz con todas las naciones vecinas, incluso con la murciana, pero advertía a ésta que todo intento de absorción produciría inmediatamente la «declaración de guerra». El impotente Gobierno central trataba de contener el incendio taifeño enviando divisiones militares a sofocarlo. Hasta que los militares se cansaron de actuar como bomberos de la Primera República y terminaron con ella en pleno Parlamento; bastó la presencia del general Pavía en la madrileña Carrera de



GACETA DE MADRID

Año CCX XXVI — Núm. 221 | Lunes 9 de Agosto de 1897 | Tomo III — Pág. 535

PARTE OFICIAL

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS

SS. MM. el Rey y la Reina Regente (Q. D. G.) y Augusta Real Familia continúan en San Sebastián sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION

Con profundo dolor pongo en conocimiento de V. S. que el Excelentísimo Sr. Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha fallecido hoy en el Establecimiento balneario de Santa Agueda, víctima de un infame asesinato. La impresión producida en Madrid por la noticia de este tristísimo é inesperado suceso ha sido de unánime, universal é indignada protesta contra el odioso crimen, que ha privado á la Patria y á la Monarquía de los servicios que todavía podían esperar de quien tantos y tan extraordinarios les había prestado en larga y gloriosa carrera. Los telegramas que han comenzado á llegar de provincias manifiestan iguales sentimientos, que son, sin duda, los de toda alma honrada y de todo buen patriota en este día de duelo Nacional.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 8 de Agosto de 1897.

COS-GAYON

Sr. Gobernador de la provincia de ....

MINISTERIO DE ESTADO

REAL DECRETO

En nombre de Mi Augusto Hijo el Rey D. Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino,

Vengo en disponer que el Teniente General D. Marcelo de Azcárraga y Palmero se encargue interinamente de la Presidencia de Mi Consejo de Ministros, conservando el cargo de Ministro de la Guerra.

Dado en San Sebastián á ocho de Agosto de mil ochocientos noventa y siete.

MARIA CRISTINA

El Ministro de Estado,
Carlos O'Donnell.

MINISTERIO DE HACIENDA

REALES ORDENES

Ilmo. Sr.: Visto el expediente instruído en esa Dirección general en virtud de una instancia suscrita por D. Manuel García Estra-

Ilmo. Sr.: Visto el expediente incoado en esa Centro directivo con objeto de aclarar los preceptos del párrafo segundo, art. 110 de las Ordenanzas del ramo, en forma de que quede debidamente garantido el pago de los derechos de las mercancías que se destinen á almacenaje particular:

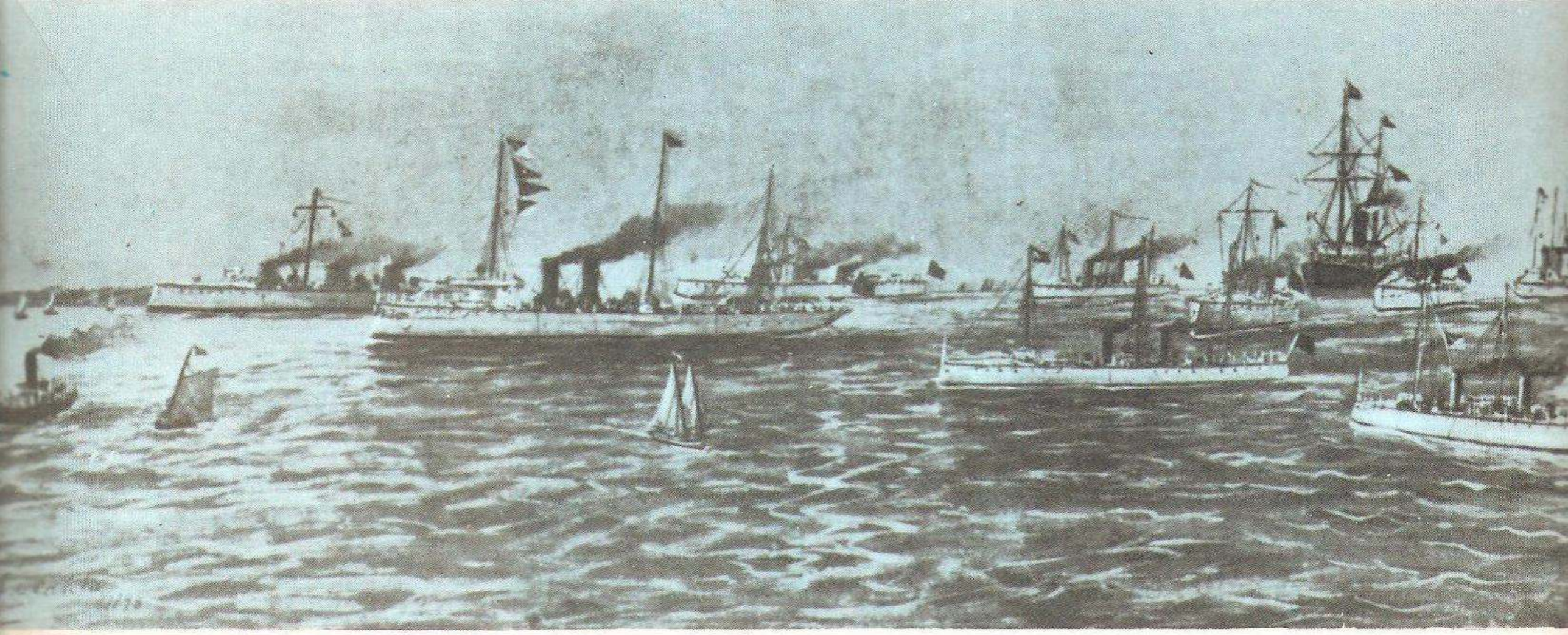
Resultando que con motivo de haber fallecido en Santander un comerciante que tenía constituídas en dicha clase de almacenaje grandes cantidades de géneros coloniales, cuyos derechos ascendían á sumas de gran importancia, el Administrador de la Aduana dispuso que se verificara una comprobación de esas clases de mercancías almacenadas bajo el régimen [illegible]

1

San Jerónimo espada en mano, al frente de una sección de la Guardia Civil.

El pronunciamiento de Pavía a principios de 1874 es importantísimo; el Ejército asume, como tal Ejército, una función arbitral, salvadora y apolítica; porque el Ejército no es quien toma el poder, sino que se queda al margen. A pesar de que el titular de ese poder es el regente Serrano, duque de la Torre; es decir: un general. Pero el Ejército no se siente identificado en absoluto con él y le vuelve la espalda para apoyar al joven Alfonso XII, declarado rey de España en ese mismo año después de un nuevo pronunciamiento: el del general Martínez Campos en Sagunto.

El artífice político de la Restauración, Antonio Cánovas del Castillo, no es un militar, pero comprende muy bien que después del pronunciamiento de Pavía, el Ejército ha adoptado una posición irreversible; por eso escribe en ese mismo año a la destronada Isabel II: «El



2



3

1.–El asesinato de Cánovas en la *Gaceta,* con una excepcional fotografía.

2.–Un destacamento naval español destinado a Cuba en 1898.
Primer plano:
Destructor, Halcón, Audaz, Ariete;
Segundo plano:
Terror, Furor, Rayo,
y junto al *Transatlántico,*
Osado y *Azor*
(Franco escogería este último nombre para su yate oficial).

3.–El general Linares,
jefe superior de las tropas
de Santiago de Cuba
y luego ministro de la Guerra.
Notable organizador,
que estuvo a punto de conseguir
una increíble sorpresa militar
frente al espectacular
cuerpo expedicionario americano;
a pesar de su absurdo aislamiento
por parte de La Habana.

Ejército desea actuar unido y bajo sus jefes; en adelante será el único dueño de la situación.» Sin embargo, Cánovas y sus políticos tratan de fomentar el apoliticismo del Ejército mediante frecuentes circulares reservadas y aun disposiciones legales. De hecho consiguen su propósito y durante casi cincuenta años se acaban los pronunciamientos. Algunas intentonas, como la del brigadier Villacampa, no encuentran el menor eco popular, ni siquiera militar.

En realidad, los políticos y los militares de la Restauración establecen una especie de pacto bien guardado: un pacto de no intervención mutua. Los militares se comprometen a no mediar corporativamente en la política; los políticos dejan a los militares la organización del Ejército dentro de unos límites presupuestarios que son objeto de frecuentes discusiones y regateos. Los resultados son buenos en cuanto al objetivo principal de aquel pacto de no intervención. Pero son funestos para España. No existe una política militar; aumenta excesivamente el número de oficiales; en 1884, por ejemplo, hay en nómina casi treinta mil, con una relación de oficial a soldado que es la más alta de Europa. En el seno del propio Ejército se incuban intentos reformadores, entre los que destacan los del general Cassola en 1887 y los del general López Domínguez en 1893. Uno y otro tratan de reducir los principales problemas: inflación de plantillas, equipamiento moderno del Ejército, servicio militar obligatorio sin excepciones clasistas (la célebre redención a metálico). Uno y otro fracasan ante la oposición de militares y políticos. Con motivo de estas reformas empiezan a surgir graves tensiones entre el Ejército y la prensa, que plantean el tremendo problema de las jurisdicciones: el Ejército reclama el poder judicial contra los delitos que se refieran «a la patria y a las fuerzas armadas». En medio de este proceso, las fuerzas armadas van a aislarse política e institucionalmente; van a configurarse como un centro de poder dentro del poder, y sus enemigos les acusarán, no siempre sin fundamento, de convertirse en «un Estado dentro del Estado». Mientras tanto, el desbarajuste administrativo producirá gravísimos efectos en lo militar y en lo político; en cuarenta y nueve años de Restauración se contarán nada menos que 62 ministros de la Guerra. Y la guerra de verdad, la de 1898, sorprenderá a España y a las fuerzas armadas españolas carcomidas por sus propios problemas internos, sin la mínima preparación necesaria para en-



Cuba, como el resto de las antiguas colonias españolas en América, intriga y lucha por su independencia desde comienzos del siglo XIX; pero la primera voz estentórea contra la dominación hispana es la de Carlos Manuel de Céspedes en su famoso *grito de Yara* (1868), que significa el comienzo de la guerra. Diez años duraría esta primera campaña, que no logra ahogar las ansias independentistas de amplios círculos cubanos, aglutinados por hombres de la valía de un José Martí y apoyados, con intenciones turbias, por el naciente coloso norteamericano. El *grito de Yara* tendría una ampliación en el de Baire (1895), que volvería a significar la guerra. Tropas regulares y voluntarios embarcan en España con destino a Cuba para sofocar la rebelión, que se supone intrascendente. Pero ahora, el apoyo yanqui es decidido y claro... Este óleo de Padró, colgado en el Museo Marítimo de Barcelona, muestra una escena exultante de embarque de voluntarios catalanes con destino a un triste fin en Cuba.

frentarse con el destino que acechaba a España a finales del siglo más ominoso de su historia.

Las noticias del Desastre

Los marinos y el pueblo de El Ferrol habían resistido con heroísmo y eficacia los diversos intentos extranjeros para apoderarse de la plaza y del puerto; la ciudad se había estremecido ya varias veces, a lo largo de su historia militar, ante las noticias de batallas y derrotas en la mar, derrotas en las que miles de hijos suyos habían encontrado la muerte. Cuando se acercaba el final del siglo XIX aún estaban vivos en El Ferrol los recuerdos desgarradores de finales del siglo XVIII : los desastres de las dos batallas del cabo de San Vicente y, sobre todo, el gran desastre de Trafalgar. Todos iban a empalidecer ante el desastre definitivo de 1898.

Poco antes, en 1880, dos expertos norteamericanos habían informado a fondo sobre la situación de la escuadra española, un siglo antes la tercera del mundo. El ingeniero J. W. King escribía:

«La mayor parte de los buques de la Marina española son de tipos anticuados

EL TRATADO DE PARIS

De Santiago Galindo Herrero
(El 98 de los que fueron a la guerra)
es esta crónica de la consumación jurídica del Desastre, reproducida en sus párrafos más sustanciales.

«La guerra con los Estados Unidos había comenzado el 25 de abril de 1898. El 26 de julio, el Gobierno español, después de las derrotas de Cavite y Santiago de Cuba, solicitó, por medio de Francia, representante de nuestros intereses en Norteamérica, las condiciones de paz. Nuestros pobres buques y nuestros heroicos marinos habían resistido el potente empuje de los yanquis cien días escasamente. Nada más —ni nada menos— pudieron hacer con los medios que habían puesto a su alcance los distintos Gobiernos, afanosos de éxitos políticos, pero carentes de espíritu nacional.

La contestación yanqui no pudo ser más dura. He aquí su contenido: España había de renunciar a Cuba; evacuar inmediatamente dicha isla; resarcir a los Estados Unidos de los gastos ocasionados por la guerra y de los importes de las reclamaciones que contra España pudieran presentar los particulares; entregar todas las islas del archipiélago de los Ladrones (Marianas), y consentir la ocupación provisional de Manila, quedando para más tarde las discusiones sobre la suerte que habían de correr las Filipinas No se cedió. Propuestas y contrapropuestas se cruzaron entre los dos antiguos contendientes por mediación de Francia. Dura fue la actitud de McKinley, presidente norteamericano. ¿Qué podía nuestra patria contra el coloso que alumbraba en el norte del continente descubierto merced a la generosidad española? Habíamos perdido. Y, como siempre, las condiciones fueron impuestas por el vencedor. Una guerra sin sentido, nacida por motivos fútiles, de un accidente puramente fortuito, aprovechado maravillosamente, nos hizo perder grandes extensiones territoriales, y, lo que es más triste, las últimas reliquias de la pasada grandeza.

El ejército colonial, el del clásico «rayadillo», que había dejado hasta cientos de millares de sus hombres en tierras lejanas, defendiendo más que la patria, ya perdida, el honor nacional, conoció las condiciones en que se basaba la paz, y, desesperado, quiso resistir hasta la muerte antes que vivir bajo la sombra de una derrota. La resistencia heroica de Baler, cabeza del distrito de Príncipe (Luzón), es ejemplo sublime del indomable carácter de los únicos hombres de su tiempo que sabían, de verdad, a lo que obliga el llamarse español. Hasta cerca de cinco meses después de firmada la paz definitiva, el pequeño reducto de «los últimos de Filipinas» siguió manteniendo su posición. Eran incapaces sus defensores de creer que se había perdido la guerra.

Una tarde —5 de septiembre— el Gobierno del señor Sagasta presentó al Senado un proyecto de ley pidiendo que se le autorizase para «renunciar a los derechos de soberanía y para ceder territorios en las provincias y posesiones de ultramar». Latiguillos patrioteros trasnochados, gritos... y hasta gemidos. Pero nadie quiso dar la cara y afrontar resueltamente la dificultad de la hora... Por fin quedó nombrada la comisión con miembros del partido liberal, que presidió Montero Ríos. Al frente de la delegación americana figuraba Mr. Day.

Las negociaciones comenzaron en el Quai d'Orsay, de París, el 1 de octubre. El 10 de diciembre se firmó la paz. España quedaba reducida a su perímetro peninsular. Se había acabado la grandeza.»

Sus corazas son demasiado débiles para resistir los proyectiles modernos, y los buques sin blindaje no tienen artillería de suficiente poder de ataque ni bastante velocidad para eludir al enemigo. No cuentan con acorazados modernos ni con cruceros de tipo rápido. Las construcciones recientes se han limitado casi por completo a pequeños buques de poca potencia y velocidad.»

Aún más triste resulta el informe del teniente E. V. Very, transmitido así por el historiador británico Hills:

«España poseía una considerable flota de pequeñas naves de madera carentes de blindaje, únicamente útiles para interceptar las lanchas de los contrabandistas. Sus dos mejores barcos eran la *Numancia*, de casco de hierro (construida en Francia, en 1864) y la *Victoria* (construida en Londres en 1868). Ambas son descritas como «fragatas-crucero totalmente blindadas, de fuego lateral, con espolón dè proa, una hélice y velamen completo». En número, España contaba con más barcos de guerra que los Estados Unidos, pero los buques norteamericanos tenían blindajes casi dos veces más gruesos; en ellos, las velas habían sido suplidas por el vapor, y los cañones de retrocarga iban montados en torres. Los barcos españoles tenían aún artillería de antecarga.»

Los esfuerzos de construcción naval realizados durante el reinado de Isabel II —aun considerables— resultaban de todo punto insuficientes, y quedaban esterilizados por una lamentable organización táctica y logística en la Armada; uno de los ministros de Marina de la Restauración, don Antonio Maura, no recatará sus durísimas críticas sobre la ineficacia y la falta de preparación de nuestras escuadras.

No es ésta la ocasión de repetir la historia detallada del Desastre de 1898. España perdía los restos de lo que fuera su inmenso imperio, y una opinión pública criminalmente deformada por una prensa irresponsable pasaría, ante la evidencia de la catástrofe, desde un optimismo desenfrenado a un abatimiento total, que motivó diagnósticos terribles, como el famoso artículo *Sin pulso* de Silvela. Pero, aunque no se entre aquí en detalles, conviene resumir los principales momentos históricos de aquel año en que la historia de España llegó, como sus barcos, a tocar fondo.

España y Cuba habían conseguido, a fuerza de buena voluntad por ambas partes, establecer unos cauces de diálogo y mutuo entendimiento, que se fueron fraguando lenta, pero esperanzadoramente, entre 1880 y 1895. En este año estalla la segunda insurrección cubana, más por la descarada intervención de los Estados Unidos en apoyo de intereses materiales e imperialistas que por espíritu de auxilio sincero a una «causa de la libertad».

En febrero de 1897, España otorga a Cuba una autonomía casi absoluta, con un Parlamento y un presidente con poderes más que simbólicos. El nuevo presidente americano, McKinley, y una parte del Congreso desean la paz, pero la *prensa amarilla* de las cadenas Hearst (el famoso «ciudadano Kane») y Pulitzer desencadenan contra España una torpe ofensiva de propaganda imperialista, que arrastra a la opinión pública norteamericana.

El 15 de febrero de 1898, el crucero americano *Maine* vuela en la bahía de La Habana. Estaba en Cuba en viaje oficial «de buena voluntad». La investigación desapasionada actual —hecha posible por las gestiones del senador Edward Kennedy— ha demostrado definitivamente que se trató de una explosión interna, de la que no se puede culpar a las autoridades españolas; sólo dos oficiales americanos murieron, porque todos los demás estaban en tierra francos de servicio.

La «prensa amarilla» pone inmediatamente en circulación un *slogan:* «remember the Maine».

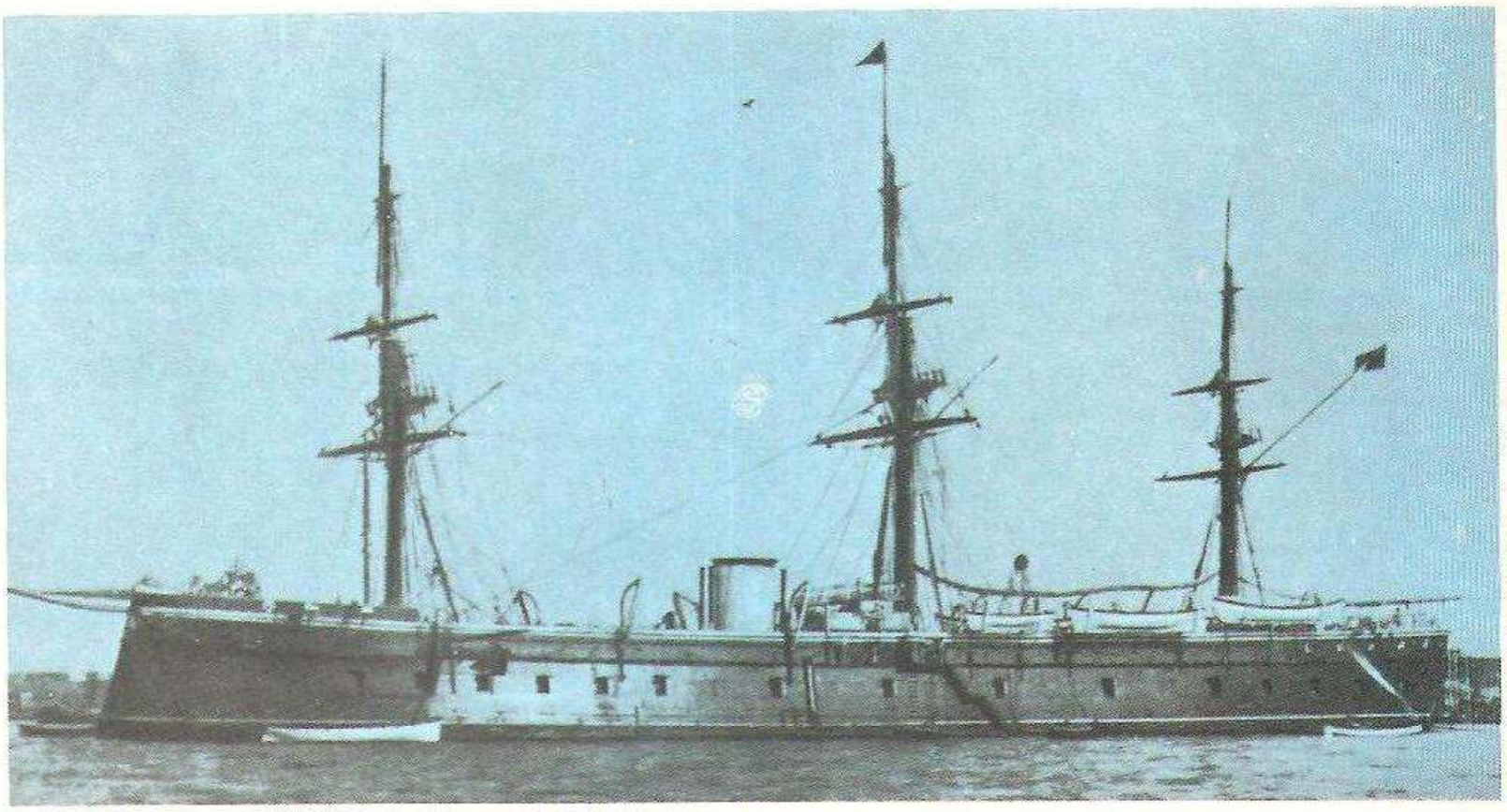
El 20 de abril, los Estados Unidos dirigen un humillante ultimátum a España para que abandone Cuba. El mismo día, la reina Cristina responde con dignidad ante las Cortes españolas a la provocación, y advierte a los Estados Unidos que España romperá toda relación con ellos si persisten en su actitud.

Las Cortes escuchan el mensaje real con silenciosa preocupación, pero la prensa española pierde los nervios y lanza una campaña insensata de absurda confianza.

Las agitaciones suicidas de nuestro siglo XIX habían impedido que la pérdida de todo un imperio calase en la conciencia histórica española; en vísperas del Desastre de 1898, España se creía aún una gran potencia y los periódicos señalaban puntos de la costa americana donde nuestras tropas deberían intentar un desembarco. Pero en las exageraciones de la prensa y la opinión había también una legítima reacción por el honor de España herido. Ha dicho Carlos Martínez de Campos:

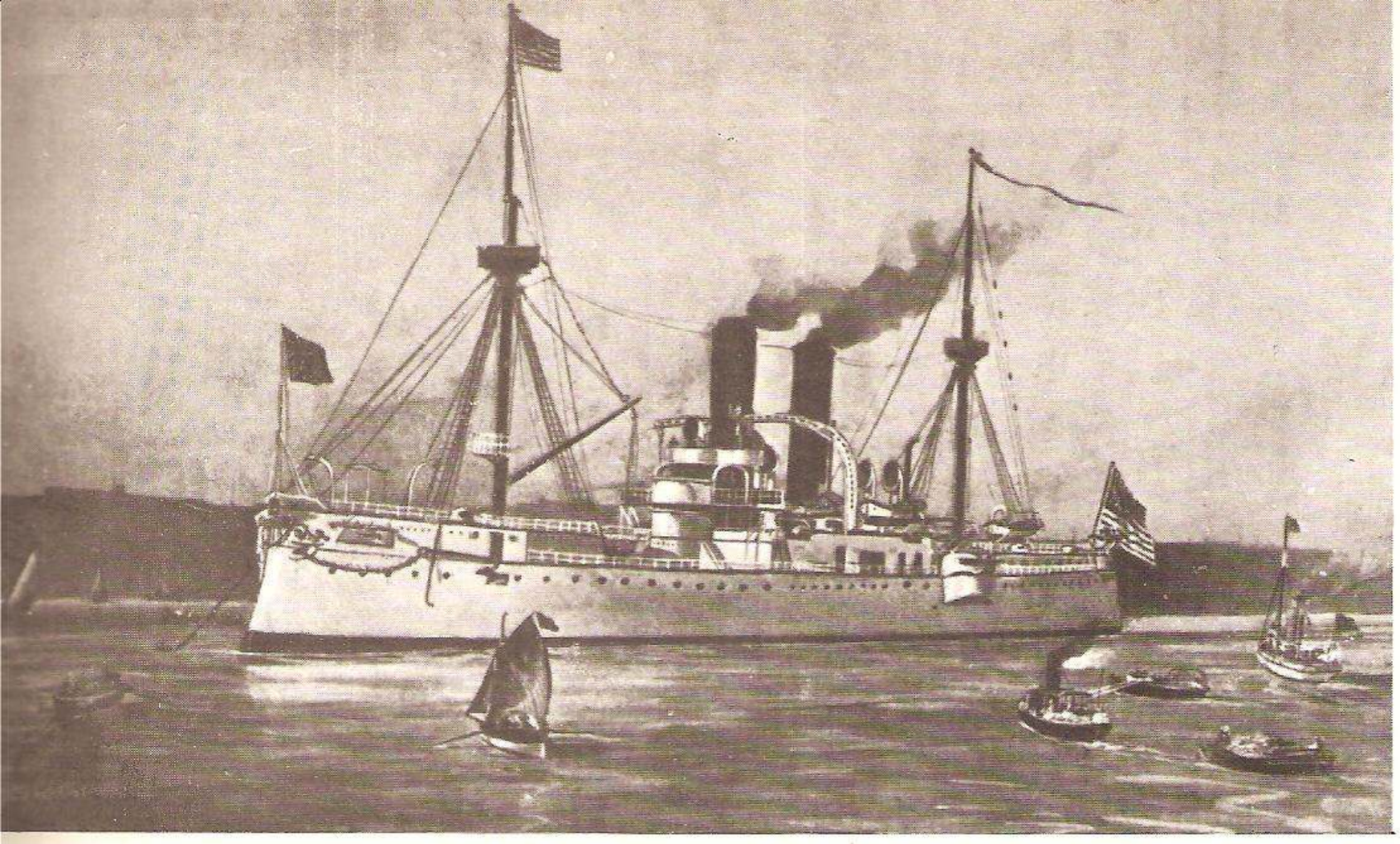
«Nadie se antepuso al avance de los obreros y estudiantes que pedían la guerra a todo trance. Nadie hubiera osado contener a aquella muchedumbre convencida de que el honor de España estaba en juego y que era necesario —imprescindible— reivindicarlo.»

Declarada la guerra a fines de abril, el día 1 de mayo la escuadra americana del Pacífico, a las órdenes del comodoro





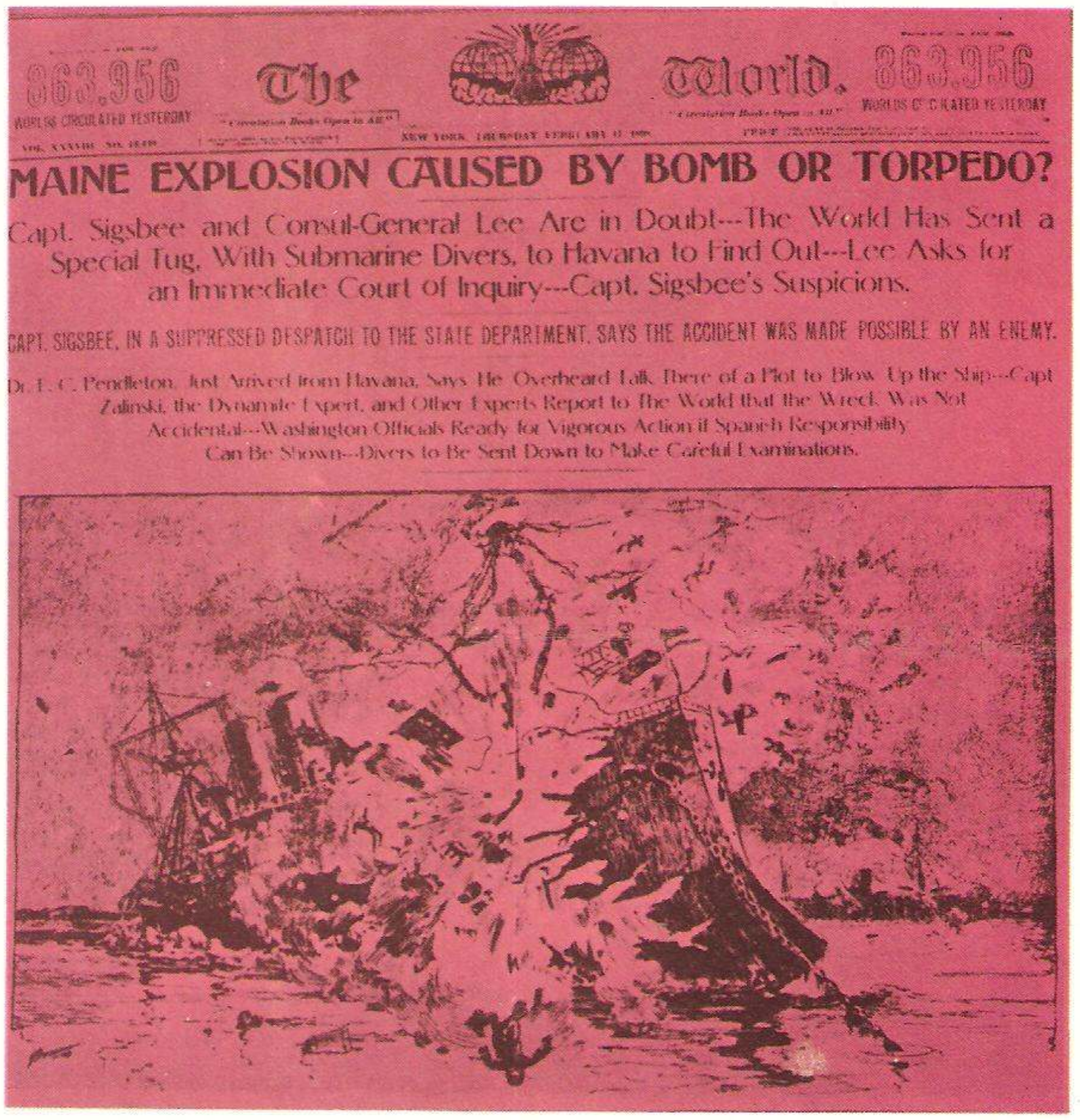
Año 1898. Arriba, la lejana fragata *Numancia*, primer buque acorazado que dio la vuelta al mundo, último navío de la historia que –arbolando el pabellón cartagenero– bombardeó el castillo alicantino de Santa Bárbara, orgullo de la flota española en Cuba, a pesar de sus 34 venerables años de edad, futuro escenario de un frustrado motín marinero. Abajo posa en la manigua el "Gobierno de la República de Cuba" durante la fase final de la lucha contra España. Sentado, en el centro, el llamado presidente de la República, Bartolomé Masó.



Dewey, hunde, como en un simple ejercicio de tiro, a la española del almirante Montojo en la bahía de Manila, en el combate de Cavite. Varias escuadras europeas dejan hacer a los americanos, sin advertir que el ocaso de España era también nada menos que la primera gran retirada europea contemporánea.

Casi a la vez que la escuadra de Dewey sale para Filipinas, la de Cervera zarpa de Canarias rumbo a las Antillas. Elude el bloqueo de la escuadra americana del Atlántico, mandada por el almirante Sampson, y penetra en Santiago de Cuba. Era el 19 de mayo.

Un imponente cuerpo expedicionario americano, a las órdenes del general Shafter, a bordo de la no menos imponente escuadra del almirante Sampson, decide desembarcar en las proximidades de Santiago de Cuba y lo hace a partir del 22 de mayo de 1898. El cuerpo de Shafter está formado por dos divisiones de infantería, una de caballería y un fuerte grupo artillero de ocho baterías. Quince mil hombres perfectamente pertrechados, a los que acompaña un cuerpo de cien corresponsales (casi todos de la «prensa amarilla»). La escuadra de Sampson estaba formada por 35 navíos importantes y 150 auxiliares.



863,956 The World. 863,956

WORLDS CIRCULATED YESTERDAY — WORLDS CIRCULATED YESTERDAY

NEW YORK, THURSDAY, FEBRUARY 17, 1898

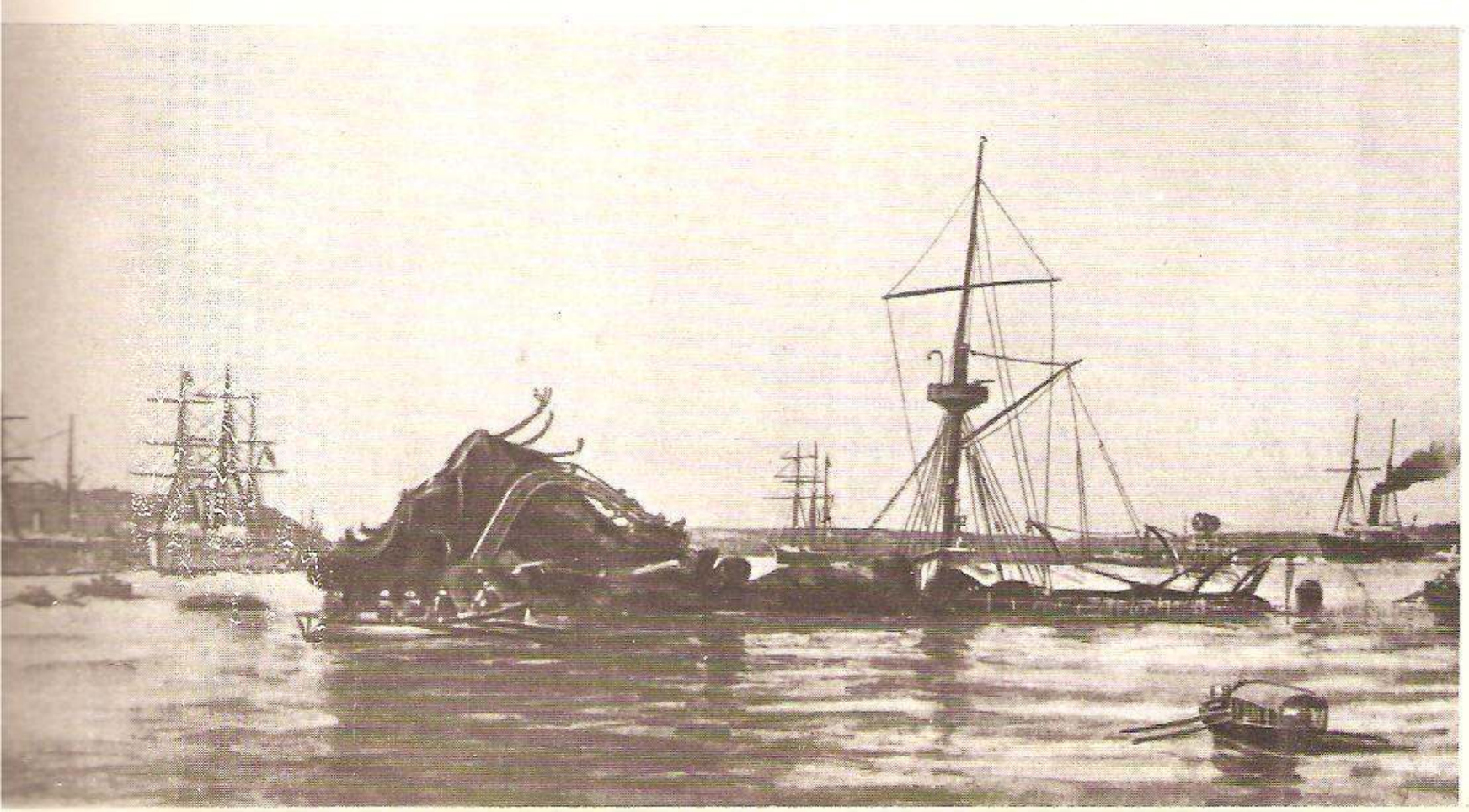
MAINE EXPLOSION CAUSED BY BOMB OR TORPEDO?

Capt. Sigsbee and Consul-General Lee Are in Doubt---The World Has Sent a Special Tug, With Submarine Divers, to Havana to Find Out---Lee Asks for an Immediate Court of Inquiry---Capt. Sigsbee's Suspicions.

CAPT. SIGSBEE, IN A SUPPRESSED DESPATCH TO THE STATE DEPARTMENT, SAYS THE ACCIDENT WAS MADE POSSIBLE BY AN ENEMY.

Dr. E. C. Pendleton, Just Arrived from Havana, Says He Overheard Talk There of a Plot to Blow Up the Ship---Capt. Zalinski, the Dynamite Expert, and Other Experts Report to The World that the Wreck Was Not Accidental---Washington Officials Ready for Vigorous Action if Spanish Responsibility Can Be Shown---Divers to Be Sent Down to Make Careful Examinations.

La secuencia trágica del fin del crucero *Maine* en el puerto de La Habana. Arriba, el orgulloso navío norteamericano –que arribaba en misión de vigilancia e intimidación, mal disimulada por el protocolo–, recibido por las falúas y los remolcadores.
En el centro, la primera página del amarillento *World* con la reconstrucción de la catástrofe que precipitó –en gran parte por culpa de la agresiva campaña antiespañola desencadenada por el propio periódico– la guerra contra nuestro país. "¿Bomba o torpedo?" No se deja lugar a la conjetura de una causa accidental. Por último, el dibujo de Caula trazado inmediatamente después de la explosión, en el que se muestran los restos retorcidos del crucero, hundido en aguas poco profundas del puerto.
Doscientos sesenta y seis tripulantes perecieron en el accidente. España debe al senador Edward Kennedy la apertura de la documentación secreta resultante de la encuesta que se abrió en 1898 para esclarecer las causas de la explosión: de ella se infiere claramente que éstas fueron meramente accidentales, como sostuvo siempre nuestra nación.

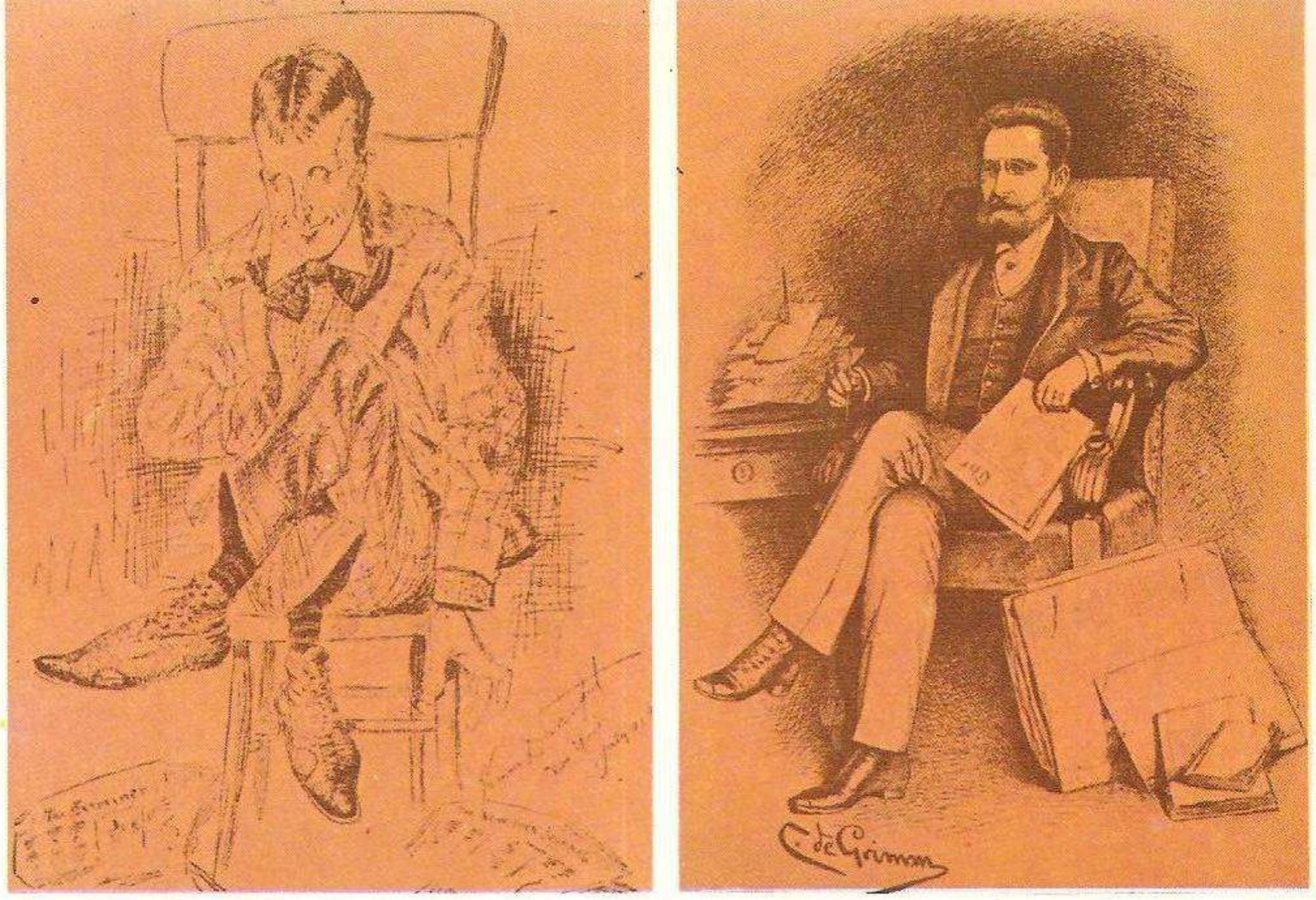


El grueso del ejército español de Cuba estaba muy lejos, alrededor de La Habana. España iba a oponer al cuerpo americano nada más que la guarnición de Santiago. Se encontraba ésta en deplorable situación física, con los hospitales atestados de enfermos; los dos ejércitos que van a enfrentarse en las colinas de San Juan son, por parte americana, 15.065 hombres, por parte española, 1.700. Manda estos últimos el general Linares. La primera línea de la defensa española es tan débil que solamente se llama «línea de observación». Con su puesto más avanzado en El Caney, su jefe es don Joaquín Vara de Rey.

Dos son las acciones, casi simultáneas, del 1 de julio, día destinado por los norteamericanos para la entrada solemne en Santiago de Cuba, tras barrer a los españoles: El Caney y las colinas de San Juan, que cierran el acceso a la ciudad.

«El Caney —dice Martínez de Campos— era un caserío de poca importancia, con una iglesia que se hallaba sobre una altura de escasa nota. En conjunto, cuatro blocaos de madera y un fortecillo llamado El Viso, desde donde dirige la defensa el jefe de la línea, coronel

1



2



3



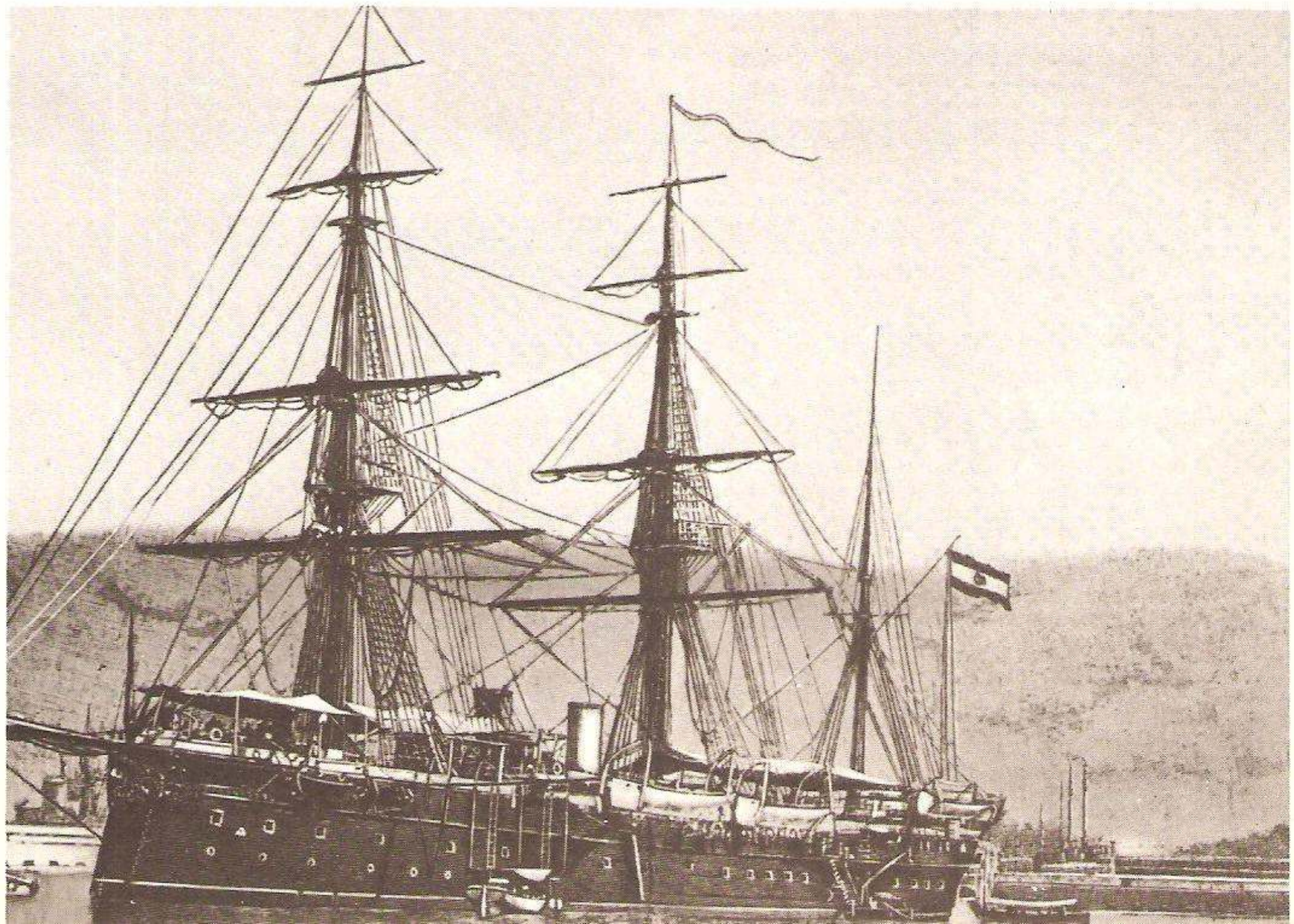
1.–Wilian Randolph Hearst – "Citizen Kane" en la película de Orson Welles– en un dibujo de Davenport, 1896; Joseph Pulitzer, en un dibujo de Grimm, 1887. Con el *Journal* y el *World,* respectivamente, rompieron contra España el fuego de sus manipulaciones propagandísticas de la opinión pública.

2.–Un maravilloso dibujo de Cusachs (1889) que reproduce el paso de un estero por una patrulla filipina al servicio de España. Lo mismo que en Cuba, el intervencionismo imperialista de los Estados Unidos frustró las excelentes perspectivas de entendimiento entre España y los insurrectos del archipiélago.

3.–Un periódico menos desaforado que los amarillos, el *New York Herald,* lanza el 2 de mayo –ironía histórica para España– de 1898 la noticia del desastre de la bahía de Manila y la supuesta "excitación" de los madrileños ante la catástrofe.

Un patrullero español capturado
por la escuadra americana
en aguas de Cuba, en 1898.
Versión no muy objetiva
del *Petit Journal* de la época.

El crucero no protegido *Reina Cristina,*
buque insignia español en el desastre
de Cavite, donde los marinos españoles
lo intentaron todo, inútilmente
hasta un recurso al abordaje



El 98, en la picota REGENERACION

La generación intelectual y literaria del 98, salvo el caso de Ramiro de Maeztu, adopta una actitud de crítica destructiva ante la guerra de Cuba y la situación interna de España que la hizo posible, atacando por igual las motivaciones políticas, económicas o «patrióticas» de un gobierno que ha llevado a su pueblo al Desastre. Y es precisamente esa actitud, ese sentimiento de pesadumbre y escepticismo lo que ha conducido, posteriormente, a agrupar bajo la denominación de «generación del 98» a los hombres que, pese a sus divergencias radicales en personalidad, estilo literario o ideología, coincidieron en su postura negativa frente a la España que les tocó vivir. Hombres como «Azorín», Machado, Baroja, Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán —autor predilecto un tiempo de su coterráneo Francisco Franco—, Unamuno... Precisamente de Unamuno son estos párrafos, pertenecientes a su ensayo *La vida es sueño*, **fechado en noviembre de 1898:**

«Todos estamos mintiendo al hablar de regeneración, puesto que nadie piensa en serio en regenerarse a sí mismo. ¡Regenerarnos! ¿Y de qué, si aún de nada nos hemos arrepentido?»

«En rigor, no somos más que los llamados, con más o menos justicia, intelectuales *y algunos hombres públicos los que hablamos ahora a cada paso de la regeneración de España. Es nuestra última postura, el tema de última hora, a que casi nadie, ¡débiles!, se sustrae.»*

«El pueblo, por su parte, el que llamamos por antonomasia pueblo... la masa de los hombres privados o idiotas *que decían los griegos, los* muchos *de Platón, no responden. Oyen hablar de todo eso como quien oye llover, porque no entienden lo de la regeneración. Y el pueblo está aquí en lo firme; su aparente indiferencia arranca de su cristiana salud. Acúsanle de falta de pulso los que no saben llegarle al alma donde palpita su fe secreta y recogida. Dicen que está muerto los que no le sienten cómo sueña su vida.»*

«Mira con soberana indiferencia la pérdida de las colonias nacionales, cuya posesión no influía en lo más mínimo en la felicidad o en la desgracia de la vida de sus hijos ni en las esperanzas de que éstos se sustentan y confortan. ¿Qué se le da de que recobre o no España su puesto entre las naciones? ¿Qué gana con eso? ¿Qué le importa la gloria nacional? Nuestra misión en la Historia... ¡Cosas de libros! Nuestra pobreza le basta; y aún más, es su riqueza.»

«Cuando estalló la guerra, los españoles conscientes, los que saben de esas cosas de la Historia y el Derecho, y de honras nacionales, le quitaron muchos hijos, a quienes sus padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar. La vida es difícil, el suelo es pobre, el porvenir incierto. ¿Qué más da morir en la guerra que en otra parte? Y sobre todo, hay que servir, *es una necesidad fatal. Y allá se dejaron llevar a morir, porque habían de morir al cabo, los héroes anónimos. ¡Héroes anónimos! ¡Vaya un sarcasmo el del absurdo enlace de esas dos expresiones incongruentes entre sí! Se exponían a morir. ¡Bah! Nadie se muere hasta que Dios quiere. La muerte sólo aterra a los intelectuales enfermos de ansia de inmortalidad y aterrados ante la nada ultraterrena que su lógica les presenta. Y somos los mismos intelectuales los que hemos convertido en retórica el dolor de las madres, lo mismo que la regeneración de la patria. Es tomar al mundo en espectáculo, y en espectáculo darnos a él.»*

«Han muerto muchos hijos en la contienda y sus padres les han rezado, mientras se preparan otros hijos a ocupar su puesto. Pero al ver desfilar esos cadáveres vivientes, esos pobrecillos que anhelan en las garras de la fiebre, el pueblo llora, porque ¿para qué van a servir muchos de esos desgraciados? Su vida será una carga para ellos mismos y para sus hermanos algo peor que la muerte.»

«Ha concluido la guerra después de haber enflaquecido a España, y empieza el pueblo a descansar un poco. Tendrán que dejarle por algún tiempo sin turbar su sosiego con nuevas sonoras historias, sin molestarle con el estribillo de la gloria y de su destino histórico, sin llamarle heroico.»

«Pero no, que ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarle otra vez de su sueño secular. Dícenle que padece de abulia, de falta de voluntad, que no hay conciencia nacional; han llamado moribunda a la nación que sobre él y a su costa se abre, nación a la que llaman suya. ¡Suya! ¡Suya! ¡El no la tiene! Sólo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra allá arriba, de estancia. Pero lo que tiene no es nación, es patria, tierra difusa y tangible, dorada por el sol, la tierra en que sazona y gana su sustento, los campos conocidos, el valle y la loma de la niñez, el canto de la campana que tocó a muerto por sus padres, realidades todas que se salen de las historias. Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida, si en ellas pegrinan más pacíficos por el mundo los idiotas, mejor es que las naciones agonicen.»

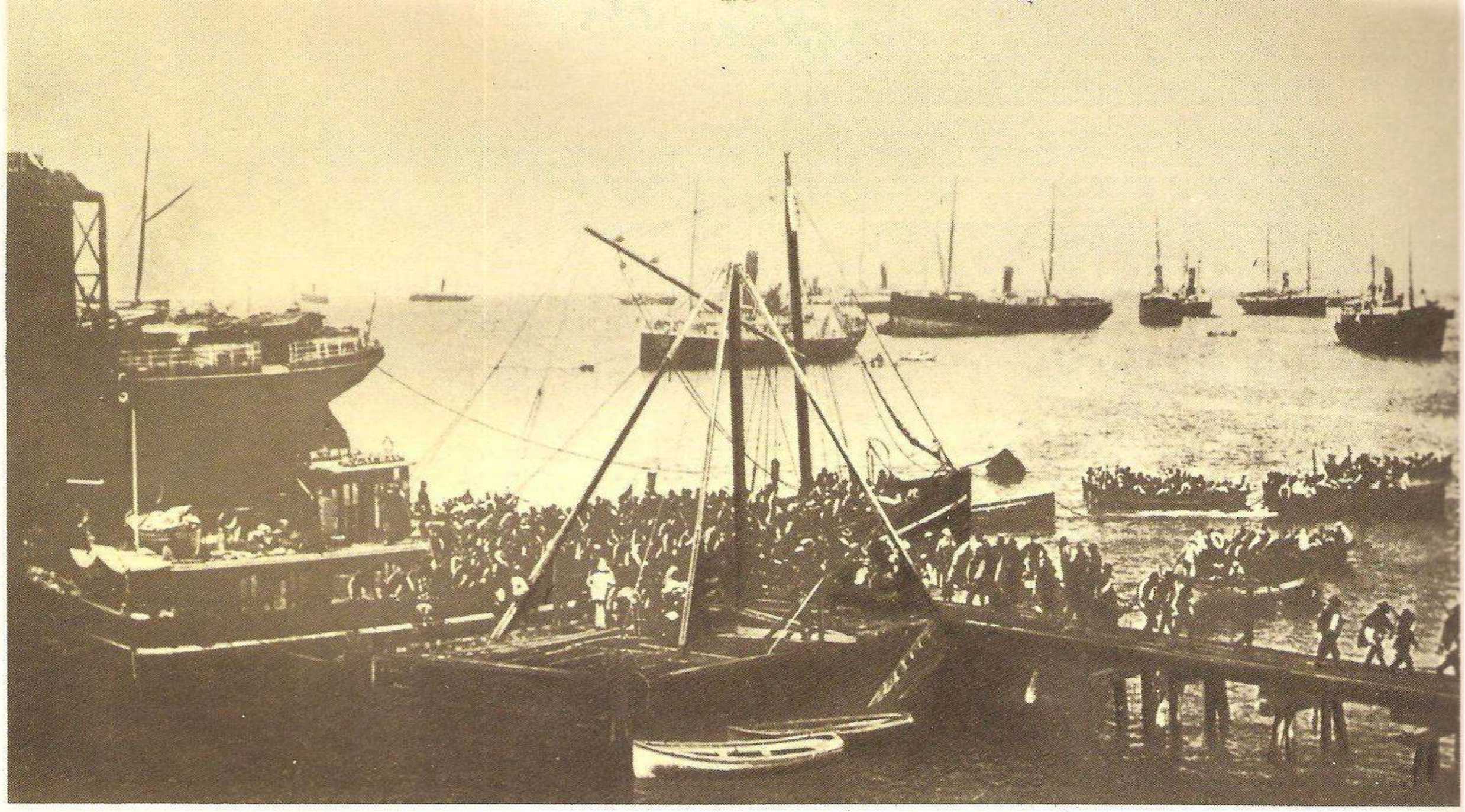
Vara de Rey. Una división americana, con los generales Duffield y Lawton, protegida por la artillería, ataca a un regimiento español, que no cuenta con un solo cañón. (La proporción es de cinco a uno.)» El cronista americano Sargent comenta:

«El valor de los soldados españoles era magnífico. Ante las explosiones de la metralla sobre los blocaos y las trincheras, cuando la lluvia de plomo les barría, llegando a los rincones y las hendiduras, los soldados de este héroe incomparable, Vara de Rey, continuaron durante diez eternas horas levantándose rítmicamente para hacer descargas sobre los americanos atónitos». La bandera roja y gualda aparecía y desaparecía en medio de un enjambre, cada vez menos nutrido, de sombreros de ala ancha tras el parapeto español.

Al morir la tarde, Vara de Rey cae con las piernas atravesadas por un solo balazo. Siguió dando órdenes en la camilla, sin permitir que le retirasen, durante largo tiempo. Desangrado casi, se le evacua hacia Santiago. Caen los dos camilleros, y luego los dos sustitutos. El héroe muere en la camilla, rodeada de cadáveres de sus soldados. Los americanos llegan y recogen ese cuerpo acribillado a balazos, muchos de ellos después de la muerte. Le entierran con todos los honores militares. Este es el verdadero héroe de la batalla de 1 de julio, y no Theodore Roosevelt, quien con sus caballistas de película juzga más oportuno presenciar los combates desde la barrera y entrar a la cabeza de las tropas en Santiago.

Pero Santiago no cayó el 1 de julio. El general Linares repite personalmente la gesta de Vara de Rey al frente de la línea de las colinas de San Juan. Cae herido con el brazo izquierdo casi deshecho, pero sigue al mando de la defensa. Se repite exactamente la escena del fuego por descargas, ante la bandera que se

1



2



1.—En el mes de junio de 1898 los americanos, tras desembarcar en Daiquiri, establecieron una fuerte cabeza de puente en Cuba, sin más hostigamiento español que unos combates de guerrilla. El grabado capta un momento avanzado del desembarco.

2.—El general W.R. Shafter, jefe del cuerpo expedicionario norteamericano en Cuba, quien sorprendido por la denodada resistencia que le ofreció la escasa guarnición española de El Caney y las colinas de San Juan, prodigó sus comunicados y peticiones de ayuda al gobierno de Washington. ¡Quién sabe que rumbo habría tomado esta primera guerra imperialista de los Estados Unidos si las tropas espàñolas acantonadas en La Habana se hubiesen lanzado al ataque en apoyo de sus compañeros de El Caney!

3.—El coronel Joaquín Vara de Rey y Rubio, tardíamente ascendido a general, fue objeto de innumerables homenajes póstumos, justamente merecidos por la magnitud de su inútil y heroica defensa de El Caney. Tal vez el más significativo fue el que rindieron a su cadáver acribillado los propios norteamericanos, vencedores finales de la batalla del 1 de julio de 1898. Más duraderos, sin embargo, son los homenajes en piedra y bronce, como este levantado a su memoria por el pueblo de Madrid, en las inmediaciones de la basílica de Atocha. En el recuadro inferior, detalle de un retrato de Vara de Rey, en uniforme de general, que se conserva en el Museo del Ejército.

enarbola cada vez por un oficial distinto El comandante Joaquín de Bustamante, con unas compañías de refuerzo que envía el almirante Cervera, cae herido de muerte cuando acude a socorrer a Linares.

Al término de la jornada, el balance es increíble. Los americanos han dominado la línea exterior, y han tomado varias trincheras —no todas— en las colinas de San Juan. Pero sus muertos son 447, mientras los españoles sólo 305.

Al fin de la decepcionante batalla, Shafter reúne un consejo de guerra. Los asistentes no ocultan su abatimiento, que se contagia al general en jefe. Y los telegramas que Shafter envía después de este consejo de guerra presentan objetivamente la situación desnuda de todo triunfalismo; son los mensajes de un ejército desilusionado, casi derrotado.

De Shafter al presidente: «Hemos atacado al norte y al este, pero con resultados poco apreciables. Es imposible tomar Santiago por asalto y estoy pensando en retirarme unas cinco millas.»

El presidente a Shafter: «Impresionados por el fracaso del ejército americano ante una guarnición de provincia, dejamos la decisión a usted, pero la opinión pública reclama el mantenimiento de nuestras tropas en las colinas de San Juan.»

Shafter al almirante Sampson:

«Terrible batalla la de hoy. Nuestras pérdidas son terribles. Fuerce usted la entrada del puerto para evitar mayores pérdidas al cuerpo expedicionario.»

Sampson a Shafter:

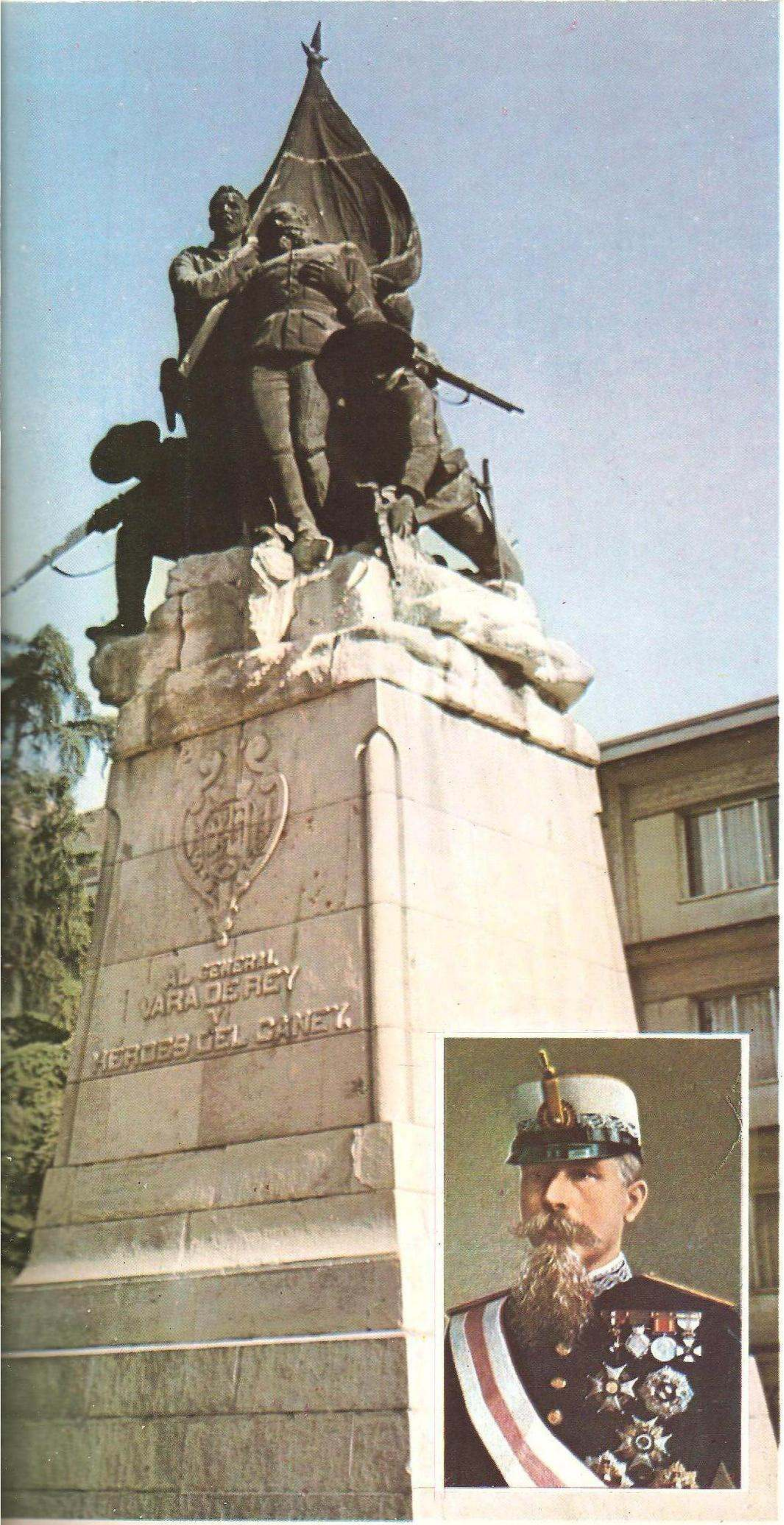
«Pide usted un imposible. Usted debe tomar Santiago.»

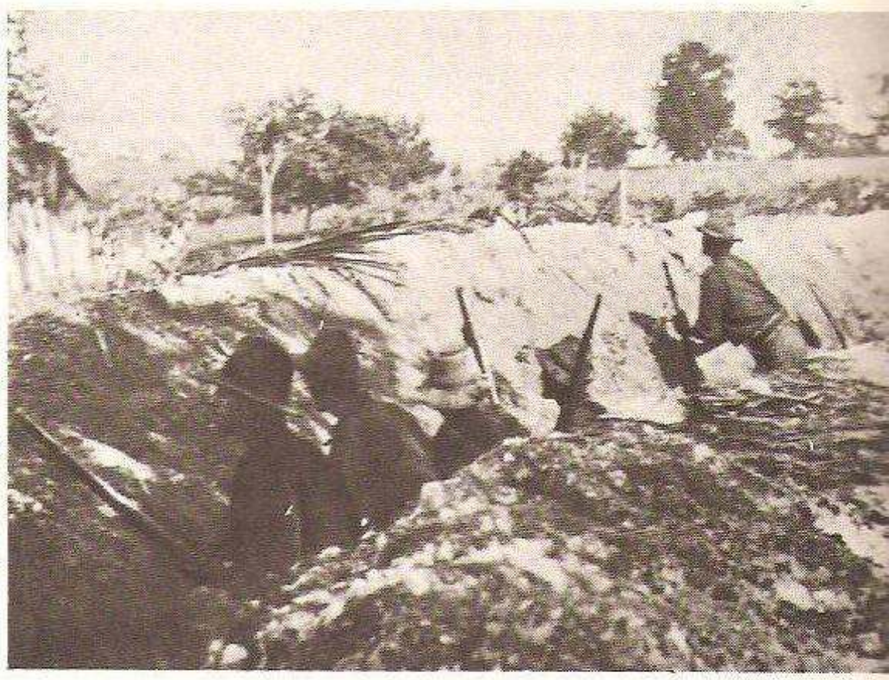
Shafter al gobernador español de Santiago, general Toral:

«Ríndase u ordenaré el bombardeo de la ciudad.»

Toral, naturalmente, no contestó.

El coronel Escario, jefe de la guarnición española de Guantánamo, recibe la orden de replegarse sobre Santiago. Las fuerzas enemigas están desmoralizadas, y Escario, con su columna, con-







Dos ilustraciones de la época de los combates en Cuba a fin de siglo. La primera, de julio de 1898, representa una trinchera de los americanos en El Caney, una vez que el fuego por descargas de los defensores les convenció de que aquello no era el paseo militar que soñara Theodore Roosevelt. La segunda, dibujo de Cusachs, muestra una guerrilla española montada en un movimiento de flanqueo durante el establecimiento de una *trocha,* comunicación vital entre los puestos españoles.

sigue atravesarlas y entrar en la ciudad.

Nadie ha pensado lo que pudo suceder si las divisiones españolas de La Habana hubiesen forzado una marcha desesperada contra los norteamericanos desembarcados al este de la isla. Pero la decisión fue muy otra. Madrid ordena al capitán general Blanco que la escuadra de Cervera salga a la mar. Blanco, que no conoce la verdadera situación en torno a Santiago, transmite la orden. Toral y Cervera obedecen. Los barcos españoles de madera, sin otra protección que unas baterías que no disparaban desde años, con toda la herencia de incuria y de valor de este país imposible, salen a la mar y a la muerte.

Pero el honor de España estaba a salvo. Y a la vez, la conciencia del Desastre, de la ruptura definitiva de tantas ilusiones históricas, es la conciencia con que España va a entrar en el siglo XIX.

Poco a poco van llegando a España, y a El Ferrol, detalles sobre el doble desastre de Cuba y Filipinas. Nadie se explicaba una derrota tan total, tan absoluta; y por eso surgieron por todas partes interpretaciones que ponían en juego a las fuerzas ocultas, a traiciones urdidas por sociedades secretas. En algunos casos esas explicaciones nacían de un fondo de innegable realidad, sobre todo en cuanto a la preparación del desastre del Pacífico; la secta insurrecta Katipunan contó con un eficaz y traidor apoyo de sociedades secretas en la propia España. El catálogo marítimo *Jane* reveló en su edición de 1899 que los barcos españoles de Cavite llevaban casi solamente granadas de metralla; el crucero americano *Olimpya*, por ejemplo, recibió 13 impactos directos de la artillería española que no le produjeron daños graves. Las conclusiones que en España se dedujeron del Desastre podían resumirse así:

España había sido víctima de una conjura internacional de agresión y de abandonos.

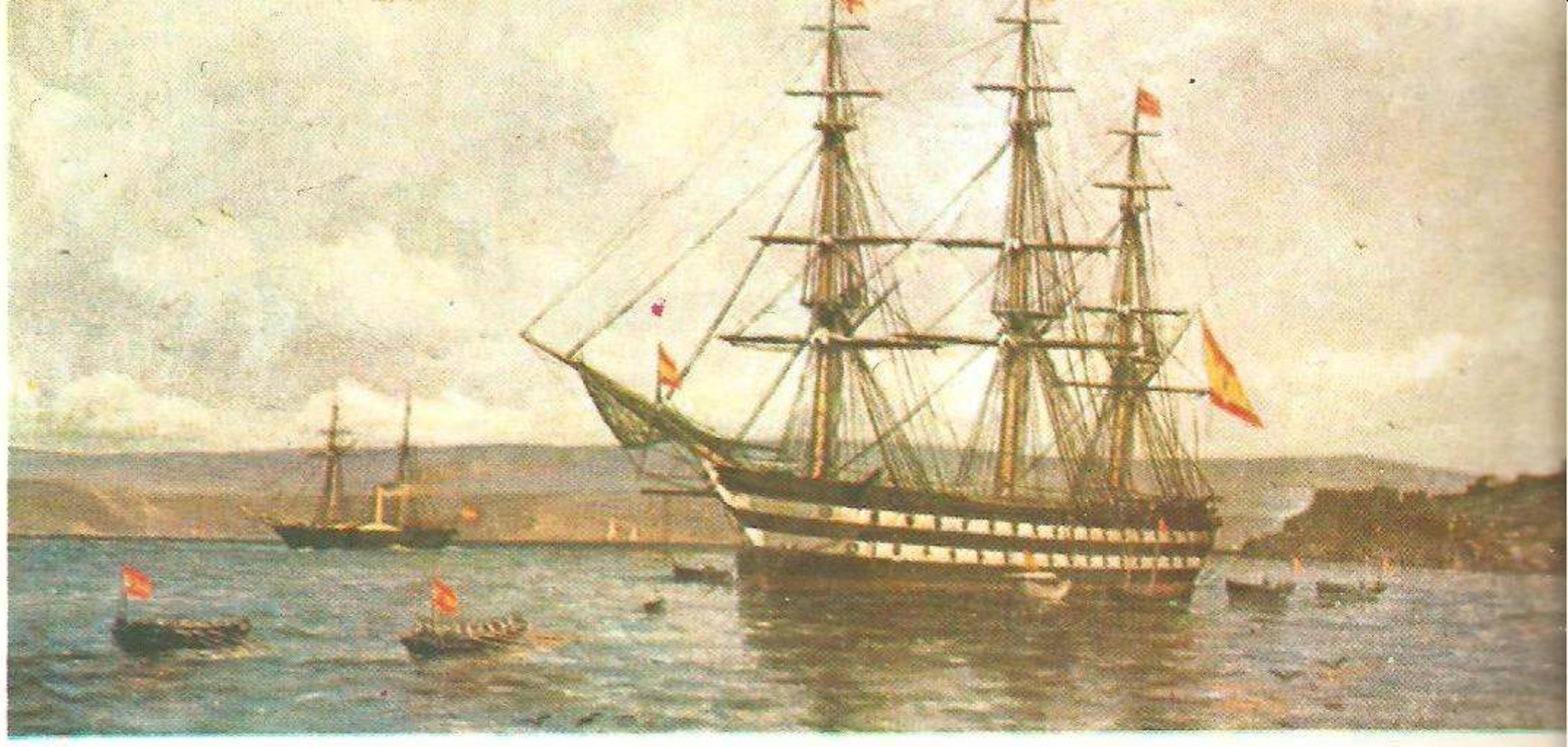
La masonería había minado las posibilidades militares y políticas españolas y había sido la principal causa del Desastre.

Se trataba, desde luego, de interpretaciones exculpatorias, que trataban de trasladar a fuerzas ocultas las responsabilidades que en gran parte eran propias; pero esas interpretaciones entraron en la ideología oficiosa y hasta en la popular y afectaron muy profundamente, como muestran diversos testimonios, a las convicciones infantiles de Francisco Franco.

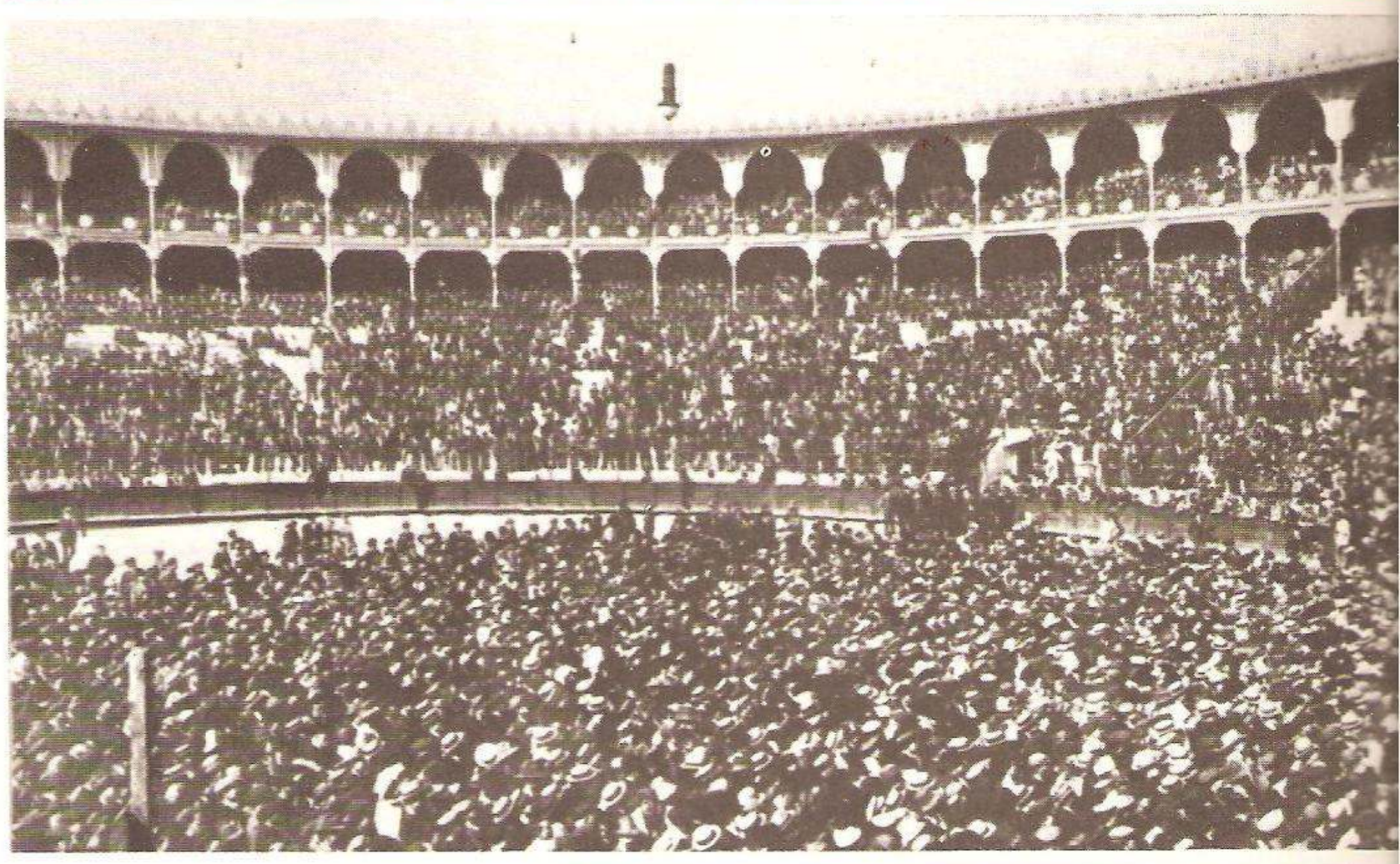
Las consecuencias del Desastre

La historia de España, la historia de las fuerzas armadas españolas y la trayectoria personal de Francisco Franco van a verse durísimamente afectadas por

1



2

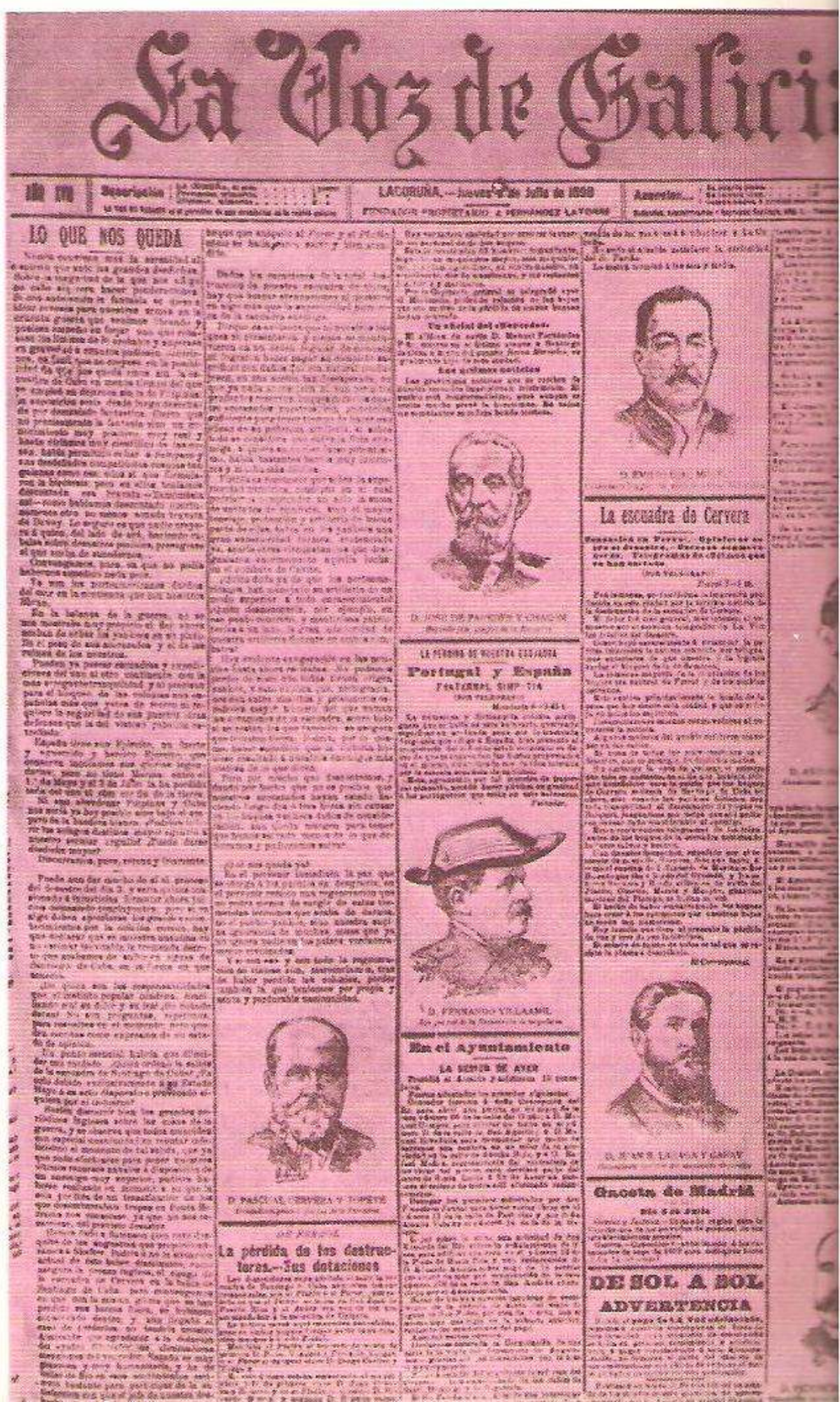


1.–La fragata *Princesa de Asturias*, escuela naval flotante en El Ferrol desde 1858 hasta 1910 (cuadro de Caula en el Museo Naval de Madrid).

2.–Mitin de protesta contra la Ley de Jurisdicciones; el escenario es la plaza de toros de Barcelona, el 21 de diciembre de 1906.

3.–*Sensación en El Ferrol* es uno de los subtítulos que este número de *La Voz de Galicia* antepone a la reseña de la conmoción española por las noticias del Desastre. "España tiene un heroico Ejército, pero no tiene Marina" es la triste conclusión del sereno editorial, tan lejos ya de las alegrías irresponsables de aquella misma primavera. En El Ferrol, estas noticias de prensa serían objeto de lectura y comentarios apasionados para la familia Franco, cuando Francisco aprendía sus primeras letras.

3


La Voz de Galici

LO QUE NOS QUEDA

La escuadra de Cervera

Portugal y España

En el Ayuntamiento

La pérdida de los destructores.–Sus dotaciones

Gaceta de Madrid

DE SOL A SOL

ADVERTENCIA

Un artículo famoso
LA LETRA IMPRESA, ANTE EL DESASTRE

Exuberante fue la floración de artículos y ensayos nacida del descompuesto cieno del 98. La tónica general estaba caracterizada por el abatimiento, la confesión de impotencia, la incriminación sectaria. De tanta tinta impresa, ha pasado a la historia un artículo: el que, bajo el título *Sin pulso,* **apareció en** *El Tiempo* **del 16 de agosto de 1898 bajo una de las firmas más prominentes de la política española de fin del siglo XIX: Francisco Silvela, jefe del partido conservador. Silvela no se hurta totalmente a aquella tónica general, pero a continuación de las mismas invectivas lanzadas por otros articulistas ilustres de la época —recuérdese a Eugenio Sellés o a Francisco Fernández de Villegas, «Zeda»— hace sonar el clarín de llamada a la reconstrucción. He aquí los párrafos más destacados de su famoso artículo:**

...«No se oye nada; no se percibe agitación en los espíritus ni movimiento en las gentes. Los doctores de la política y los facultativos de cabeza estudiarán sin duda el mal, discurrirán sobre sus orígenes, su calificación y sus remedios; pero el más ajeno a la ciencia que preste alguna atención a asuntos públicos, observa este singular estado de España: donde quiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso.

Monárquicos, republicanos, conservadores, liberales, todos los que tengan algún interés en que este cuerpo nacional viva, es fuerza se alarmen y preocupen con tal suceso. Las turbulencias se encauzan, las rebeldías se reprimen, hasta las locuras se reducen a la razón por la pena o por el acertado régimen; pero el corazón que deja de latir y va dejando frías e insensibles todas las regiones del cuerpo, anuncia su descomposición y la muerte al más lego.

La guerra con los ingratos hijos de Cuba no movió una sola fibra del sentimiento popular. Hablaban con elocuencia los oradores en las Cámaras de sacrificar la última peseta y derramar la postrera gota de sangre... de los demás; obsequiaban los ayuntamientos a los soldados que saludaban y marchaban sumisos, trayendo a la memoria el Ave César *de los gladiadores romanos; sonaba la* Marcha de Cádiz; *aplaudía la prensa y el país inerte dejaba hacer.*

...Más tarde... vamos a la guerra extranjera... y apenas si se siente en las arterias del Suizo o de las Cuatro Calles una leve agitación por el gastado procedimiento de las antiguas recepciones y despedidas de andén, de los tiempos heroicos del señor Romero Robledo.

Se hace la paz, la razón la aconseja, los hombres de sereno juicio no la discuten; pero ella significa nuestro vencimiento, la expulsión de nuestra bandera de las tierras que descubrimos y conquistamos... todos esperaban y temían algún estremecimiento de la conciencia popular; sólo se advierte una nube general de silenciosa tristeza que presta como un fondo gris al cuadro, pero sin alterar vida ni costumbres ni diversiones, ni sumisión al que sin saber por qué ni para qué le toque ocupar el gobierno.

Es que el materialismo nos ha invadido, se dice; es que el egoísmo nos mata, que han pasado las ideas del deber, de la gloria, del honor nacional, que se han amortiguado las pasiones guerreras, que nadie piensa más que en su personal beneficio.

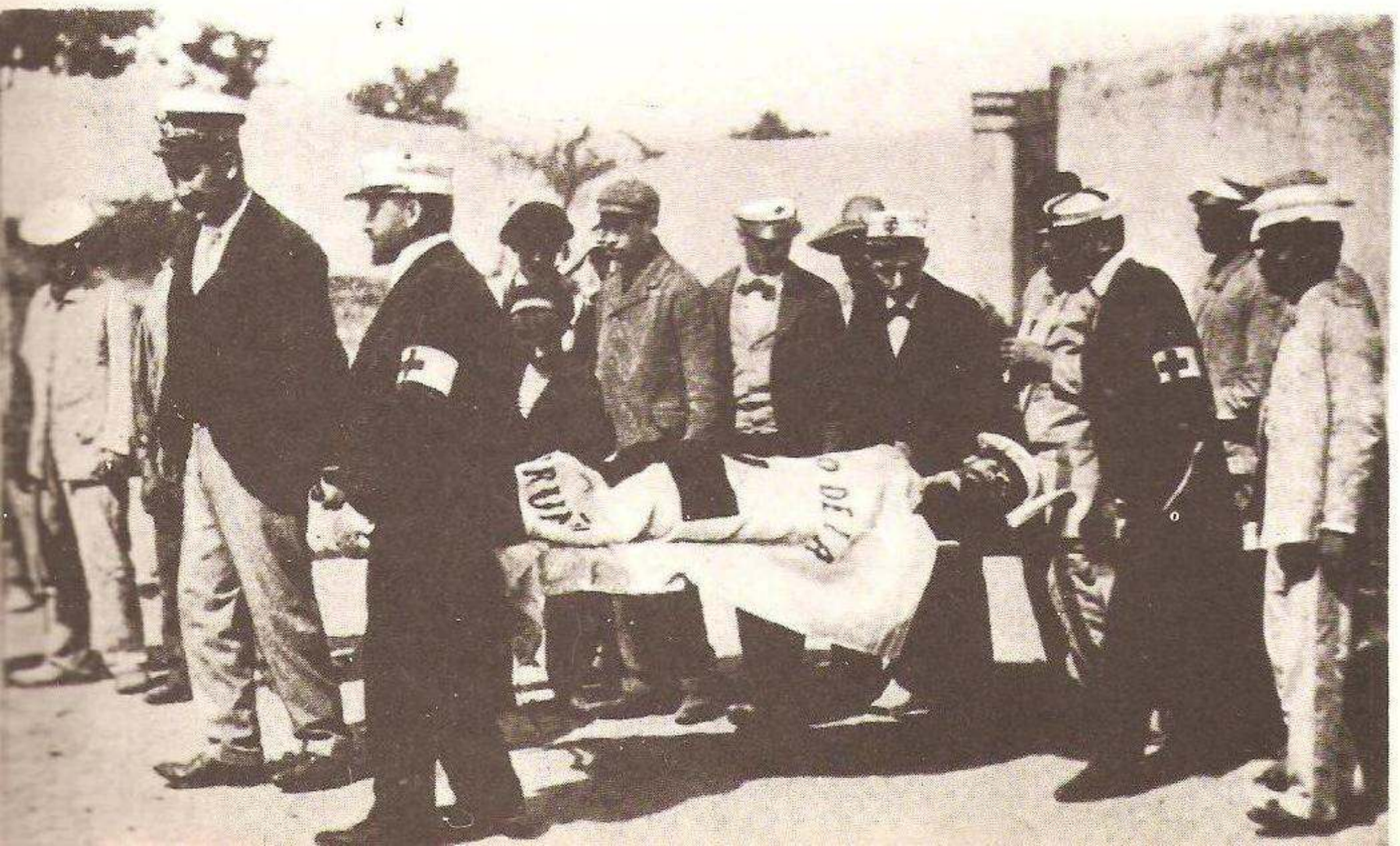
Profundo error; ese conjunto de pasiones buenas y malas, que constituyen el alma de los pueblos, vivirán lo que viva el hombre, porque son expresión de su naturaleza esencial; lo que hay es que cuando los pueblos se debilitan y se mueren, se debilitan y mueren sus pasiones; no es que se transformen y se modifiquen sus instintos o sus ideas o sus afecciones y manera de sentir, es que se acaban por una causa más grave aún; por la extinción de la vida.

...Todo ha sido inútil, y con visible simpatía mira gran parte de la oposición la censura previa, no porque entienda que defiende el orden y la paz, sino porque le atenúa y suaviza el pasto espiritual que a diario le sirven los periódicos, y los pone más en armonía con su indiferencia y flojedad de nervios...

...Los que tienen por oficio y ministerio la dirección del Estado no cumplirán sus más elementales deberes si no acuden con apremio y energía al remedio, procurando atajar el daño con el total cambio del régimen que ha traído a tal estado al espíritu público.

Hay que dejar la mentira y desposarse con la verdad; hay que abandonar las vanidades y sujetarse a la realidad, reconstituyendo todos los organismos de la vida nacional sobre los cimientos modestos, pero firmes, que nuestros medios nos consienten, no sobre las formas huecas de un convencionalismo que como a nadie engaña a todos desalienta y burla.

No hay que fingir arsenales ni astilleros, donde sólo hay edificios y plantillas de personal que nada guardan y nada construyen; no hay que suponer escuadras que no maniobran ni disparan, ni cifrar como ejércitos las meras agregaciones de mozos sorteables ni empeñarse en conservar más de lo que podamos administrar sin ficciones desastrosas, ni prodigar recompensas para que se deduzcan de ellas heroísmos, y hay que levantar a toda costa y sin pararse en amarguras y sacrificios y riesgos de parciales disgustos y rebeldías, el concepto moral de los gobiernos centrales, porque si esa dignificación no se logra, la descomposición del cuerpo nacional es segura.»



Una de las interminables, trágicas estampas de la repatriación desde ultramar: el vapor *Alicante* deja en La Coruña, a fines de 1898, un cargamento de heridos y enfermos procedentes de Cuba. Juan Vázquez de Mella clamaba en las Cortes por esa isla perdida en la mar como una inmensa lápida del imperio español...

el Desastre de 1898. Por lo pronto, la Marina española ha desaparecido prácticamente de la mar; la escuadra del almirante Cámara regresa tristemente de su frustrado intento de socorro a Filipinas, pero nadie cree ya en aquellos viejos barcos, hermanos de los que se han hundido casi sin poder defenderse en Cavite y Santiago de Cuba. La pérdida de las dos escuadras hace aún más angustiosa la superabundancia de oficiales, y obliga al cierre de la Escuela Naval. En 1858, el Colegio Naval Militar de San Fernando se había trasladado, como Escuela Naval Flotante, a la fragata *Princesa de Asturias*, fondeada en el puerto de El Ferrol. La Escuela de Administración Naval cerraría también sus puertas en 1901. Cierto que en 1907, desde los comienzos de su Gobierno largo, Antonio Maura venía preconizando un programa de regeneración naval militar y se afanaba en dar consistencia a los fundamentos políticos de una Armada española renovada; pero la Escuela Naval Militar, el sueño de toda la infancia de Francisco Franco, no se volvería a abrir hasta 1913 (Busquets). En el mismo año de 1907, el ideólogo regeneracionista Joaquín Costa se oponía duramente a los proyectos militares y navales de Antonio Maura. Francisco Franco tiene que cambiar, pues, de horizonte, y va a hacerlo en virtud de una decisión puramente personal.

La Academia General Militar, creada acertadamente para diluir las tensiones internas de cuerpos y armas dentro del Ejército, había sido suprimida por el general López Domínguez en 1893, y precisamente en virtud de presiones particularistas: el espíritu de cuerpo triunfaba, después de una fecunda experiencia unificadora de diez años, sobre el espíritu de Ejército. Suprimida la Academia General (que sería restaurada en dos ocaocasiones andando los años, y con Francisco Franco como protagonista una y otra vez), la formación militar se recibía en las academias particulares de las diversas armas; la Academia de Infantería estaba instalada en el Alcázar de Toledo, el antiguo palacio de Carlos V. La disposición que regulaba la nueva enseñanza militar establecía un examen de ingreso después de los estudios de bachillerato.

Los buenos deseos de Maura no parecían, a principios de 1907, concretarse en la reapertura de la Escuela Naval. Francisco Franco, próximo a cumplir los quince años, ha de abandonar el colegio preparatorio de don Saturnino Suances. Pesan sin duda en su ánimo las noticias, cada vez más claras, sobre el diferente rendimiento en Cuba del Ejército y la Marina; mientras los barcos de guerra habían sucumbido casi sin poder defenderse, los soldados de Santiago habían tenido que rendirse ante una orden absurda, después de cerrar el paso a un enemigo que, de haber sido utilizados los regimientos de La Habana, hubiese perdido probablemente la partida. Con la perspectiva de una familia católica y bajo la influencia de un ambiente católico antiliberal, la creciente captación de los ambientes universitarios por los intelectuales reformistas más o menos relacionados con la Institución Libre de Enseñanza parecía nefasta y ahogaba la posible vocación universitaria de Francisco; en *Raza*, el vástago de los Churruca que elige la carrera de Derecho es la oveja negra de la familia. Para mayor confirmación, se repetía por entonces en España que la única gran posesión española rendida sin resistencia, Puerto Rico, había sido entregada al enemigo, por un estamento al que ya se conocía, no sin cierto tinte peyorativo, como «los intelectuales»; la perspectiva histórica ha venido luego a confirmar en cierto sentido semejante acusación.

Nicolás Franco Bahamonde había ingresado a tiempo en el Cuerpo General de la Armada y cursaría luego con brillantez la carrera de ingeniero naval. Francisco, que piensa ingresar en la Academia de Infantería, consulta esta elección con sus amigos, sobre todo con los Suances; su primo Francisco Franco Salgado se muestra dispuesto a secundarle. Los informes de don Saturnino son muy alentadores para el tribunal examinador de Toledo y tras superar con holgura la prueba de ingreso, Francisco Franco se convierte en cadete de la Academia de Infantería el día 29 de agosto de 1907, con catorce años.

Muchas cosas de su vida y de la vida de España han quedado atrás. Su madre, sus hermanos y su familia, en El Ferrol; su eterna ilusión marinera. Su infancia, en suma, si no desdichada, tampoco radiante, al decir de sus biógrafos, la mayoría de los cuales han optado por suplir con la imaginación el vacío real de confesiones, testimonios y datos ciertos: una familia que comenzaba a dispersarse; unos hermanos más brillantes o decididos, que oscurecían la proyección exterior de Francisco; unos compañeros de estudios o de juegos que ridiculizaban, desorbitándolos, los signos de inmadurez —voz insegura, desarrollo físico precario, timidez— del futuro cadete de Infantería.

Don Nicolás, su padre, se establece definitivamente en Madrid, solo, poco después del ingreso de Francisco en la Academia toledana. En la España esperanzada, a pesar de todo, de 1907 resuenan aún los ecos del premio Nobel recién concedido a Santiago Ramón y Cajál, el antiguo capitán médico de la guerra de Cuba; pero se mezclan con los ecos del tremendo alegato de Alejandro Lerroux *Rebeldes, rebeldes*, en el que el demagogo radical incita a las masas a levantar el velo de las novicias para perpetuar la especie, una vez arrasados todos los templos del país. Un gobierno liberal había otorgado al Ejército la deseada y temida Ley de Jurisdicciones. El hundimiento del horizonte de ultramar hacía que España se reconcentrase sobre sus propios problemas y que adquiriesen carácter virulento, separatista, los nacionalismos de tipo cultural y regional. El Ejército se sentía llamado a una nueva misión: la salvaguardia de la unidad nacional en peligro. Con esta preocupación acuciante se combinaba una atenta observación de los nuevos movimientos políticos de las clases proletarias, advertidos por primera vez, en el seno de la sociedad española, por jóvenes militares intelectuales, como el capitán Joaquín Fanjul. Era una inmensa carga de problemas la que se acumulaba ante la mirada novata de un cadete de catorce años, desarraigado inesperadamente de la tierra gallega.

BIBLIOTECA JUDEŢEANĂ
„PANAÎT CERNA"
FOND „TRAIAN POPESCU"
NR. INVENTAR. 338364



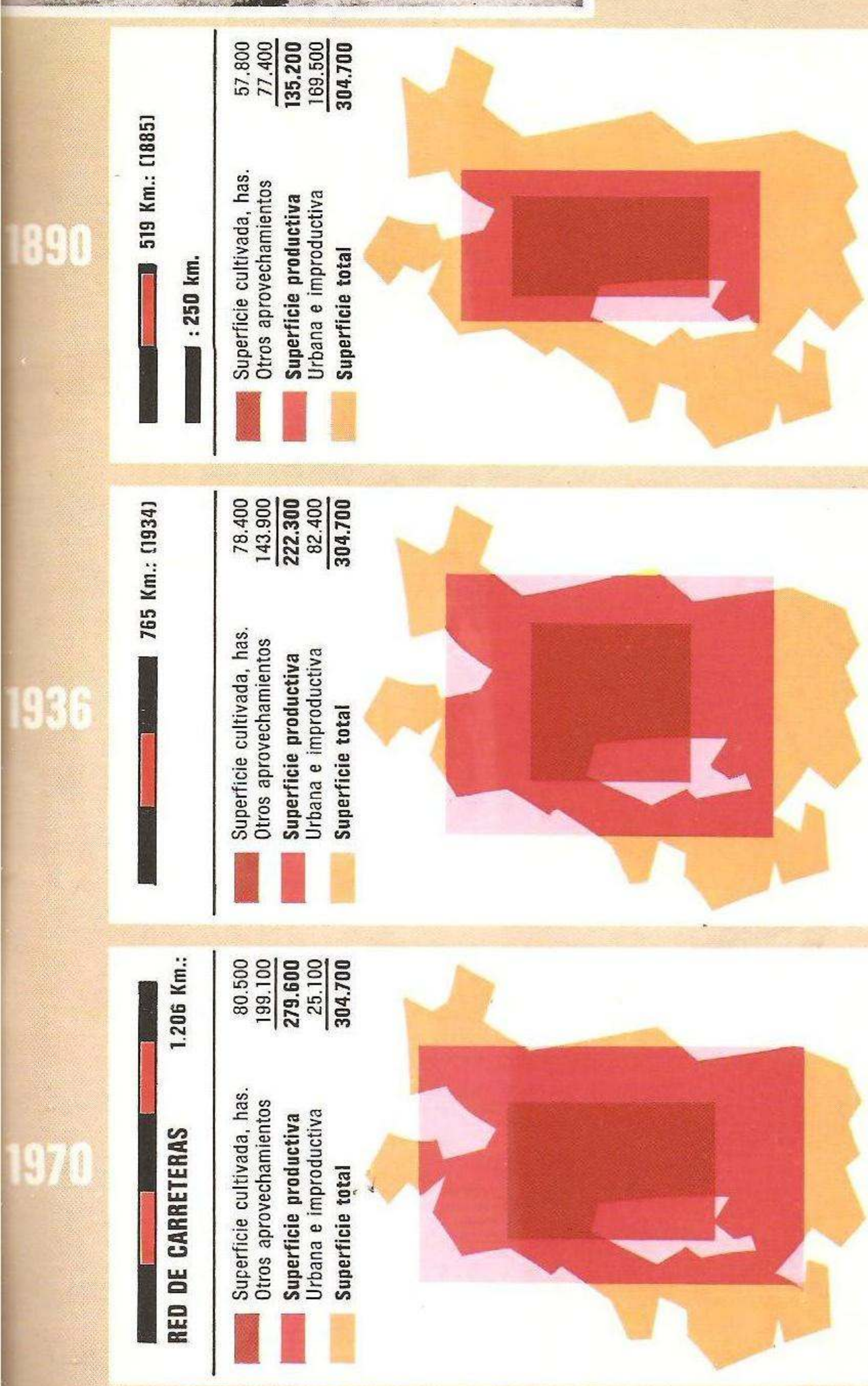
Plaza de la Constitución
o de la Virgen Blanca, en 1890.

ALAVA, 80 AÑOS

La provincia alavesa ha experimentado en los últimos ochenta años un notable desarrollo en todos los órdenes. En los gráficos que ilustran esta página sólo se reflejan algunos aspectos parciales de dicho desarrollo: aquéllos de los que se poseen datos fidedignos desde fines del siglo pasado.

En el aspecto agrario, la superficie productiva, que ha doblado su extensión, ha aumentado en mayor proporción que la cultivada. Esta última, con rendimiento aceptable, está dedicada, principalmente, a cereales, vid, patata y remolacha.

La población provincial se ha multiplicado por un coeficiente superior a dos, pero de este incremento demográfico, la mayor parte se debe a la capital, Vitoria, que se encuentra a la cabeza de las capitales de provincia con mayor incremento relativo de ha-



bitantes. En los datos de población activa se observa un acusado decremento en el sector agrícola, compensado con una gran afluencia de trabajo al sector industrial y un incremento progresivo en el sector servicios. Esto es un fiel reflejo del acelerado proceso de industrialización (metalurgia, industrias químicas y energéticas, etc...) de una provincia que, no obstante, contaba ya con una señalada tradición industrial; aquel proceso, junto a una mayor racionalización de las explotaciones agrícolas y a un notable desarrollo del sector terciario, ha colocado a la provincia en el tercer lugar de rentas provinciales per cápita, con un valor absoluto de 80.732 ptas. (1969) frente a las 54.800 ptas. de media nacional, cuando en 1949 (primer año en que se determinó este valor) sólo alcanzaba el cuarto lugar con una renta de 5.497 ptas. (corrientes), superior, eso sí, a la media nacional (4.200 ptas. en aquel año).



Plaza de la Virgen Blanca, hoy.

FRANCO Y ALAVA


1


2

3

4

1.- Plaza de Juan de Ayala y monumento a los caídos, en Vitoria.

2.- La nueva catedral de Vitoria, bendecida en 1969.

3.- Franco en la capital, 1964.

4.- Presa de Zadorra: riqueza y esparcimiento para los alaveses.